

# Los desafíos de la transición

**Los desafíos de la transición**  
**Socialismo desde abajo y poder popular**  
**Aldo Casas**

**Colección Cascotazos**  
**Editorial El Colectivo y Ediciones Herramienta, Buenos Aires, Argentina**

Arte de tapa: Florencia Vespignani - Alejandra Andreone

Diseño de interior: Gráfica del Parque

Corrección: Miguel Vedita

**Editorial El Colectivo**  
editorialelcolectivo@gmail.com - www.editorialelcolectivo.org

**Ediciones Herramienta**  
Av. Rivadavia 3772 - 1/B - (C1204AAP), Buenos Aires, Argentina  
Tel. (+5411) 4982-4146. revista@herramienta.com.ar /  
www.herramienta.com.ar

ISBN: 978-987-1497-43-0

Printed in Argentina

Impreso en la Argentina, agosto de 2011

 **Copyleft**

 Esta edición se realiza bajo la licencia de **uso creativo compartido o creative commons**. Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:

 **Atribución:** se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor/a, editorial, año).

 **No comercial:** se permite la utilización de esta obra con fines no comerciales.

 **Mantener estas condiciones para obras derivadas:** solo está autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de licencia se mantengan para la obra resultante.

Aldo Casas

Los desafíos de la transición : socialismo desde abajo  
y poder popular . - 1a ed. - Buenos Aires : El Colectivo;  
Herramienta, 2011.

112 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-1497-43-0

1. Teorías Políticas. 2. Socialismo. I. Título.  
CDD 320.5

Fecha de catalogación: 26/07/2011

ALDO CASAS

# Los desafíos de la transición

Socialismo desde abajo y  
poder popular

 COLECCIÓN  
CASCOTAZOS

---

  
EDITORIAL  
EL COLECTIVO

  
Herramienta  
ediciones

# Índice

Prólogo	9
Capítulo 1 <b>La crisis actual y el desafío de la transición</b>	13
Capítulo 2 <b><i>Transición</i> en las ideas y la teoría: desarrollar un pensamiento crítico y plebeyo</b>	21
Capítulo 3 <b><i>Transición</i> en política: otra política y otra manera de hacer política</b>	35
Capítulo 4 <b><i>Transición</i> socialista y autoemancipación</b>	67
Bibliografía	91
Epílogo de Miguel Vedda	95
Epílogo de Omar Acha	103

# Prólogo

Este texto intenta transmitir experiencias, saberes y opiniones que exceden lo personal, porque surgen de luchas compartidas con muchas y muchos. Después de un breve pasaje por la juventud comunista, a principios de los años sesenta, ingresé en 1965 al Partido Revolucionario de los Trabajadores y viví logros, frustraciones e invaluable experiencias de millares de luchadores anticapitalistas y antiburocráticos: en el PRT-*La Verdad*, luego en el Partido Socialista de los Trabajadores y en el Movimiento Al Socialismo. La militancia internacionalista me llevó a compartir esfuerzos con compañeros de otros países y latitudes: en Venezuela (1973), en Portugal (1975), en España (1977), en Francia (1981) e incluso en Polonia (1989) y participé en innumerables reuniones y debates del movimiento trotskista internacional. Las experiencias acumuladas en ese trayecto relativamente extenso no fueron pocas y creo apreciarlas más y mejor desde que, autocriticamente, asumí errores e insuficiencias teóricas en esa larga marcha.

La implosión del “campo socialista” y la restauración capitalista en lo que desde el trotskismo considerábamos “Estados Obreros”, el acelerado agotamiento de los movimientos de liberación nacional en el llamado “Tercer Mundo”, las sucesivas derrotas del movimiento obrero organizado y los partidos de izquierda tanto en los países centrales como en la periferia y, más directamente, la crisis que en los años noventa estalló y dismanteló al MAS en el momento mismo en que aparecía como la organización más fuerte y dinámica de la izquierda argentina, fueron una seguidilla de acontecimientos imposibles de interpretar sin recuperar una capacidad autocrítica a la que se oponía la inercia de estructuras partidarias incapaces de autocuestionarse. Luego, la irrupción popular del 19 y 20 de diciembre de 2001, la crisis orgánica abierta en el país y la necesidad de participar activamente en el nuevo ciclo que se iniciaba me alejaron definitivamente<sup>1</sup> de lo que había pasado a denominarse “nuevo MAS” al tiempo que impostaba una ortodoxia paradójicamente reñida con lo mejor de la tradición trotskista.

Más en general, diría que la rebelión popular me empujó a alejarme de la *forma Partido* (especialmente de su variante más difundida en la extrema izquierda, la sectaria)<sup>2</sup> y también de ese “marxismo de derecha” que “se caracteriza por su adoración del

---

<sup>1</sup> En 2002, junto a otros compañeros me reagrupé transitoriamente en el colectivo “Cimientos”, exploramos la posibilidad de confluencia con otras organizaciones en el “Encuentro de la Militancia” y en el año 2007 nos sumamos al Frente Popular Darío Santillán.

<sup>2</sup> Una aguda crítica al partido-secta puede leerse en “Hacia un nuevo comienzo... por otro camino. La alternativa a la microsecta” (Draper, 2001b)

pasado, considera a la teoría marxista completa y autoreferente, su actitud es defensiva antes que creativa y propositiva y, finalmente, es intransigente” (Acha, 2008: 144).

Vuelvo a decir: lo que escribo no es fruto de una elucubración en solitario. Menos ahora, cuando mis opiniones son las de un militante más del Frente Popular Darío Santillán (lo que no hace al FPDS responsable de los errores y limitaciones que el texto contenga). Esta militancia compartida que me lleva a rechazar prejuicios y formulaciones dogmáticas, reafirma en cambio una arraigada convicción: para cambiar el mundo o, mejor aún, “tomar el cielo por asalto”, es imprescindible revalorar y potenciar el impulso del “socialismo desde abajo”. Se ha escrito, con mucha razón, que

El corazón del socialismo desde abajo es su afirmación de que el socialismo solamente puede ser realizado a través de la autoemancipación de las masas activas en movimiento, llegando a él, libremente con sus propias manos, movilizadas “desde abajo” en una lucha para hacerse cargo de su propio destino, como actores (no simplemente como sujetos pacientes) de esta etapa de la historia (Draper, 2001a).

Cabe agregar que ese corazón ha latido en los incontables luchadores muchas veces anónimos que, impulsando el combate autoemancipatorio, nos han enseñado tanto o más que los libros. A todos ellos evoco mencionando a Darío Santillán y a Carlos Fuentealba. A su memoria está dedicado este libro.

Esta presentación restaría incompleta si no anunciara, finalmente, que la obra que se deja en manos del lector incluye dos epílogos que debo agradecer a los compañeros y amigos Miguel Vedda y Omar Acha.

## La crisis actual y el desafío de la transición

Comenzaré con algunas consideraciones sobre la actual crisis del sistema capitalista, porque avizorar su naturaleza y magnitud ayuda a percibir que, además de enfrentarnos con desafíos y problemas nuevos o imprevistos, han sido conmovidos o trastocados algunos de los puntos de referencia (materiales, organizativos y conceptuales) que orientaron el combate por la emancipación social durante el período histórico que va quedando atrás.

Desde la década de los 80 del siglo pasado, una ofensiva general del capital rompió las antiguas barreras estatales de regulación social de la producción y la distribución, buscando imponer su dominio de un modo más directo a escala planetaria, al mismo tiempo que se reforzaba el carácter de clase de los Estados, que viraron de “benefactores” a gendarmes y garantes de la valorización del capital y el disciplinamiento del trabajo. El mercado mundial llegó a serlo efectivamente, con la inclusión de lo que había sido la Unión Soviética y su esfera de influencia, y la potente irrupción de India y especialmente de China,

todo lo cual determina nuevos desequilibrios, reglas y formas de competencia que agudizan la disputa por la plusvalía entre las diversas fracciones más o menos transnacionales del gran capital. A otro nivel, el arrogante “unilateralismo” asumido por los Estados Unidos tras la implosión del bloque soviético, generó explosivas tensiones, una creciente militarización y la reformulación de la estrategia norteamericana hasta incluir la guerra global “contra el terrorismo” como instrumento de política internacional.

Al comenzar este ciclo, Margaret Thatcher había proclamado el triunfo irreversible del capitalismo con una frase célebre: “No hay alternativa”; y un ideólogo del Norte, con aires de filósofo, dictaminó que se había llegado al “fin de la Historia”. Pero casi al mismo tiempo, colocándose en las antípodas de semejantes vaticinios, István Mészáros escribió *Más allá del capital*,<sup>1</sup> una obra a la que me referiré repetidas veces. En este libro se sostenía ya entonces, documentada y exhaustivamente, que lo que estaba comenzando era en realidad “la crisis estructural del capital” que, en su despliegue, amenazaría las posibilidades de supervivencia de la humanidad. Esto es lo que está ocurriendo y a lo cual nos enfrentamos. Precisamente por ello, la discusión sobre la naturaleza, alcance y posibles desarrollos de una crisis ahora inocultable se refracta en múltiples debates, atendiendo a sus muchas

---

<sup>1</sup> *Más allá del Capital. Hacia una teoría de la transición* es un voluminoso tratado que en su versión en castellano tiene 1.154 páginas. En 1995 fue publicado en idioma inglés (en Gran Bretaña y en los Estados Unidos), luego fue traducido y editado en Brasil por Editorial Boitempo, una traducción al castellano fue lanzada en Venezuela por Vadell Hermanos editores en el año 2001, y acaba de editarse una nueva versión en Bolivia.

facetas: crisis *financiera*, crisis de *sobreproducción y sobreacumulación mundial*, crisis *alimentaria*, crisis *energética*, crisis *geopolítico-militar*, crisis *tecnológica*, crisis *ambiental y urbana*, crisis de *hegemonía en el sistema-mundo capitalista*, crisis *civilizatoria*... A los efectos de esta introducción, me permito agrupar tal diversidad de cuestiones en *tres grandes grupos o vertientes: la crisis económica sistémica, la crisis ecológico-ambiental y la crisis civilizatoria*. En realidad, más que tres caras de un objeto único, son tres crisis que, en su despliegue planetario, convergen y se entrelazan: cada una tiene características y ritmos propios, pero que al mismo tiempo se potencian y modifican mutuamente.

Con respecto a la crisis *económica*, lo primero que se debe decir es que no se trata (solo) de una más de las “crisis cíclicas” con que el capitalismo periódicamente enfrenta sus contradicciones para recobrar fuerza y dinamismo, incrementando la concentración del capital, intensificando la explotación y extendiéndolas a nuevas regiones del planeta y nuevas áreas de la actividad social. Estamos ahora ante una *crisis sistémica* (tal vez la tercera gran crisis sistémica en la historia del capitalismo mundial): afecta todos los niveles del orden del capital y, por primera vez, a una escala efectivamente planetaria. Se trata de una crisis de larga duración y en pleno desarrollo, como lo evidencian la desocupación en los Estados Unidos y especialmente el brutal agravamiento de la crisis en la Unión Europea. Pero el marco es siempre la economía mundializada. La *sobreacumulación de capacidades de producción* está acompañada por una inmensa acumulación de *capital ficticio*, con el cual una fracción muy poderosa del gran capital

quiere hacer valer su derecho a succionar parte significativa del valor y plusvalor generados en el mundo. La crisis comenzó en la esfera financiera y, en este sentido, podemos decir que es la *crisis del régimen de acumulación de preeminencia financiera* montado desde fines de la década del 80 en respuesta a las falencias de los sistemas estatales de control y regulación que habían operado con relativa eficacia luego de la Segunda Guerra Mundial. Y con el resquebrajamiento de los mitos, discursos y políticas neoliberales, comienza también el *fin de la hegemonía mundial no compartida de los Estados Unidos de América*, que conserva sin embargo una abrumadora superioridad militar, todo lo cual genera condiciones para impredecibles *transformaciones geopolíticas*. Nadie está en condiciones de vaticinar cómo y cuándo terminará esta crisis. El discurso de los grandes medios se reduce en definitiva a sostener que “estamos mal, pero vamos bien”. En realidad, debería decirse: *estamos muy mal, pero estaremos mucho peor*. Y esto vale también para nuestro país, puesto que, si bien es cierto que el impacto de la crisis ha sido mucho menor gracias a los altos precios de las exportaciones agropecuarias, la otra cara de esto es la profundización de un *perfil productivo extractivo-agroexportador* que lo hace cada vez más *dependiente* del mercado mundial y sus fluctuaciones incontrolables. Lo más importante es lo que más se oculta: asistimos al despliegue del *potencial autodestructivo del capitalismo*, en una fase caracterizada por la producción destructiva, la superfluidad, el desperdicio, la corrosión del trabajo por el desempleo estructural y la precarización, así como por la destrucción a escala planetaria de bienes comunes y equilibrios ecológicos.

Esto nos lleva a considerar otra crisis con temporalidades y cursos aún más imprevisibles que los de la economía: la *crisis ecológica y ambiental*, que socava ya las condiciones que posibilitan la reproducción social de algunos de los pueblos más vulnerables del planeta y constituye una amenaza inminente a las condiciones necesarias para la supervivencia de la humanidad. Isabelle Stengers, historiadora de la ciencia y epistemóloga, nos advierte que debemos enfrentar lo que llama “una verdad que perturba”:

La “verdad que perturba” es que la “naturaleza” ha sido maltratada hasta tal punto, de manera tan extrema, que ella ha comenzado a hacer “intrusión” a una escala que va a ir en aumento. La cuestión no es saber que haremos en los tiempos futuros y más propicios del socialismo. Estamos frente a un problema inmediato. Esta cuestión es profundamente política, en el sentido de que la vida de centenares de millones de personas será directamente afectada y muchas veces amenazada. Porque “la intrusión de *Gaia*”<sup>2</sup> se produce en el marco de un sistema de explotación económica y de dominación social, en que el cambio climático es visto por los dominantes por un lado como fuente de inversiones y ganancias, por el otro como un problema de mantenimiento del orden, junto a muchos otros (Chesnais, 2009: 20-21)

Un síntoma de esto es que al terremoto en Haití, que provocara más de 200.000 muertos y una destrucción material incalculable, los Estados Unidos respondieron desembarcando 15.000 *marines* (con la venia

---

<sup>2</sup> Según afirma Stengers, extendiendo trabajos anteriores de James Lovelock y Lynn Margulis “*Gaia*, ‘planeta viviente’, debe ser reconocido como un ‘ser’ y no como una sumatoria de procesos” (citado en Chesnais, 2009: 21).

de la ONU y la colaboración de militares brasileños y argentinos). Se hizo del país devastado un campo de entrenamiento militar para la contención y manejo de masas empobrecidas hasta lo inimaginable. Se entrenan en el territorio más pauperizado del continente, porque se preparan para manejarnos con tales métodos en toda Nuestra América y en el resto del mundo.<sup>3</sup>

Crisis económica y crisis ecológico-ambiental se entrelazan y potencian constituyendo un cóctel explosivo que apenas ha comenzado a ser investigado en profundidad. Pero lo que ya sabemos permite advertir que, con ellas y más allá de ellas, *estamos ante una verdadera crisis civilizatoria*. Es la crisis del devenir-mundo del capitalismo y su sistema mundial de Estados, con la particularidad de que la decadencia del centro hegemónico (Estados Unidos) coincide o converge con la declinación más general de toda una fase civilizatoria occidental-capitalista, impregnada por el fetichismo de la mercancía y otras fantasmagorías (el “crecimiento”, el “progreso”, etcétera). Es la crisis de modelos de urbanización que amontonan en condiciones cada vez más insoportables a millones de hambrientos en megalópolis hostiles a la sociabilidad. Es la catástrofe simbólica y de valores, generadora de una pandemia de padecimientos mentales y ruptura de los lazos sociales. Crisis que evidencia y profundiza el carácter sustancialmente depredador y destructivo de un metabolismo social-económico modelado por el capital, orientado a la búsqueda ili-

---

<sup>3</sup> Un ejemplo elocuente de lo que afirmamos es que la ocupación militar de las *favelas* de Río de Janeiro ordenada por Lula, fue realizada por una fuerza de choque adiestrada precisamente en Haití.

mitada del “crecimiento”, de la ganancia, de la valorización del valor.

Con una notable capacidad de anticipación teórica, Marx apuntó en 1857: “El mercado mundial constituye a la vez que el supuesto, el soporte del conjunto. Las crisis representan entonces el síntoma general de la superación de [ese] supuesto y el impulso a la asunción de una nueva forma histórica” (Marx, 1971b: 163).

Un siglo y medio después, lo que Marx anticipaba teóricamente se nos presenta como un desafío presente. Todo lo escrito en esta introducción nos lleva a pensar que se está ingresando en una *época de transición* o en una *transición épocal*. Esto implica diversas transiciones o, dicho de otro modo, procesos transicionales en distintos terrenos: a nivel de nuestro bagaje teórico y conceptual, en el terreno de la lucha y las construcciones políticas y, sobre todo, en el complejo asunto de la revolución y la transición socialistas. Como ha dicho recientemente el geógrafo y antropólogo marxista David Harvey:

las incertidumbres respecto a las posibles salidas se acentúan en períodos de crisis. Se abren paso todo tipo de posibilidades locales, tanto para capitalistas emergentes en uno u otro nuevo espacio donde pueden encontrar la ocasión de enfrentarse a las viejas hegemonías de clase y de territorio [...] como para los propios movimientos radicales a la hora de confrontarse a un poder de clase ya desestabilizado. Decir que la clase capitalista y el capitalismo pueden sobrevivir no significa que están predestinados a ello, ni que esté resuelta la cuestión de su forma futura. Las crisis son momentos de paradojas y de posibilidades. [...] Podría ser que no hubiera soluciones

capitalistas efectivas a largo plazo a esta crisis del capitalismo (aparte de una vuelta a las manipulaciones del capital ficticio). En este estadio, los cambios cuantitativos llevan a deslizamientos cualitativos y hay que tomarse en serio la idea de que podríamos estar precisamente en ese punto de inflexión en la historia del capitalismo. Cuestionar el futuro del capitalismo como sistema social viable debería estar por tanto en el centro del debate actual (Harvey, 2010).

## *Transición* en las ideas y la teoría: desarrollar un pensamiento crítico y plebeyo

Si a los avatares de la crisis mundial que hemos venido considerando se suma un repaso de la cartografía del cambio en Nuestra América, es fácil advertir que estamos ante un inmenso rompecabezas para armar, un nuevo desafío al que la *vieja izquierda* no está en condiciones de responder porque es incapaz incluso de reconocerlo. Para ayudar a construir o fabricar respuestas nuevas, es preciso que una nueva izquierda independizada de moldes partidocráticos se atreva a desarrollar un pensamiento crítico que, tal como lo reclamara el peruano José Carlos Mariátegui para nuestro socialismo, no sea “ni calco ni copia”. Nuestros recursos teóricos y conceptuales no son herramientas dadas: debemos concebirlos como instrumentos siempre en construcción. Y en discusión.

Para el desarrollo de este pensamiento crítico continúa siendo imprescindible el aporte del marxismo, pero es preciso advertir que existen muchos “marxismos”, y que las pretensiones de quienes se creen dueños de la verdad porque son capaces de citar *El capital*, son ridículas: el propio Marx desautorizó ese

tipo de pose declarando muchas veces: “no soy marxista”. Ocurre que Marx mismo fue polémico y polifónico, discutió con todos y consigo mismo, y lo que nos legó es en gran medida *un lenguaje*: no un idioma muerto, sino una lengua viva que se sigue construyendo con la crítica radical, anticapitalista, feminista, ecosocialista: un combate en desarrollo, un horizonte emancipatorio. El marxismo existe como una multiplicidad de interpretaciones, muchas veces encontradas. Y entre todas ellas, “mi” interpretación (una interpretación colectiva, como es obvio) recupera y destaca los trazos gruesos de un marxismo que no es liberticida sino, más bien, *libertario*. Y por añadidura, “situado”: nuestro marxismo es inequívocamente *anticapitalista* pero también y al mismo tiempo está dirigido contra el *eurocentrismo* y la *colonialidad* del poder y del saber<sup>1</sup>. Incluso autocríticamente.

## El proyecto inconcluso de Marx

El trabajo de Marx fue colosal, se desplegó durante más de cuarenta años, a lo largo de los cuales sus teorías experimentaron alteraciones y enriquecimientos, en buena medida por la confrontación con las circunstancias históricas, las experiencias de la lucha de clases y su íntima convicción de que era inconcebible la teorización revolucionaria sin un continuado ejer-

---

<sup>1</sup> Ver “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina” de Aníbal Quijano, en Edgardo Lander (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires, CLACSO, 2000.

cicio crítico y autocrítico, acorde al “objeto de estudio”, puesto que

Las revoluciones proletarias [...] se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado para comenzar de nuevo desde el principio, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de los primeros intentos (Marx, 1972: 20).

En todo caso, su monumental labor teórica y política no culminó en una “obra” que pudiera ser considerada más o menos definitiva. Sus libros, los artículos periodísticos y sobre todo sus anotaciones volcadas en cuadernos “borradores” que parecen inagotables,<sup>2</sup> deben ser considerados más bien como un “obrador”, una inmensa obra en construcción, con partes terminadas, otras a medio construir y muchas apenas insinuadas, con planos llenos de tachaduras y enmiendas, con instrumentos conceptuales sólidos y sofisticados mezclados con otros de dudosa utilidad. Su audaz proyecto crítico quedó inconcluso. Esto implica hacernos cargo de que la obra de Marx exige una lectura dinámica y atenta al hecho de que el mismo tomo I de *El capital* (único volumen publicado con la supervisión del autor), constituye el “avance” de un trabajo en

---

<sup>2</sup> De hecho, aún hoy se está lejos de haber publicado la totalidad de la obra marxiana. Para que se tenga una idea, vale mencionar que la *Internationale Marx-Engels Stiftung* (IMES, Fundación Internacional Marx-Engels), formada por instituciones de Holanda, Alemania y Rusia, que se ha fijado el objetivo de completar la edición crítica de las Obras Completas de Marx y Engels (MEGA, en alemán), estiman lograrlo... en el año 2025.

marcha. Mucho más vale esa advertencia para los tomos II y III de *El capital*, o para la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, que son libros armados (por Friedrich Engels y Karl Kautsky respectivamente) tras la muerte de Marx y a partir de sus manuscritos. Manuscritos que eran *borradores* no solo en el sentido de no estar listos para ser enviados a la imprenta, sino también y sobre todo porque el mismo autor advirtió expresamente que “En esta abstracción, todas estas tesis son correctas para la proporción solo desde el punto de vista que ahora asumimos. *Se agregarán otras relaciones, que la modificarán considerablemente*” (Marx, 1971b: 284).

Este era un de sus principios metodológicos: revisar constantemente las formulaciones y modificarlas “considerablemente” a medida que la mayor comprensión de los cambiantes conjuntos de relaciones permitiera *determinar* esos conceptos y enriquecer sus connotaciones. El programa de investigación de Marx preveía trabajar sobre una multiplicidad de cuestiones que, culminada la labor, serían presentadas en cinco secciones... Tres de las cuales no llegó a desarrollar: las referidas al Estado, a la división internacional del trabajo y el comercio, y a la conformación del mercado mundial y las crisis. Esto tiene una tremenda importancia, puesto que “Se suponía que esta última ‘quinta sección’ analizaría el mercado mundial como el marco dentro del cual la ‘totalidad de los momentos’ se torna visible junto con la ‘totalidad de las contradicciones’, por cuanto entran en juego bajo la forma de *crisis* en una escala *global*” (Mészáros, 2001: 491).

Cuestiones teóricas y políticas tan importantes como la relación entre el antagonismo de clase y las

luchas políticas, o del principio de autoemancipación en tensión con las limitaciones y contradicciones de las organizaciones obreras existentes, entre otras, fueron abordadas muchas veces y siempre con conocimientos, agudeza y profundidad, pero de manera fragmentaria o tangencial. Como escribiera hace ya tiempo Mézáros:

La consecuencia de todo esto es que, por una parte, un cierto número de proposiciones paradójicas y más bien ambiguas debieron cerrar la brecha entre la situación prevaleciente y las anticipaciones históricas a largo plazo y que, por la otra, en la perspectiva marxista no pudo darse el debido peso a ciertas características importantes de la existencia (fragmentada) de la clase trabajadora (Mézáros, 1985: 83).

Cabe agregar que ni siquiera un genio puede escapar completamente al condicionamiento del escenario histórico en que vive; y que, como el mismo Marx lo advirtiera, incluso en la más radical de las críticas existe cierta dependencia de lo que se niega. Esto se tradujo, por ejemplo, en una valoración en gran medida acrítica del “desarrollo de las fuerzas productivas” así como en la concepción unilateral de que esa creciente “productividad” incrementaba las “condiciones materiales de la emancipación”. Finalmente, está el hecho de que el horizonte político de las previsiones marxianas estaba dominado por la esperanza de que la expansión del capitalismo desde Europa al conjunto del mundo a fines del siglo XIX (“el segundo siglo XVI de la sociedad burguesa”, escribió Marx) terminaría con el capitalismo en la tumba, como resultado de las revoluciones socialistas triunfantes del proletariado en los países desarrollados de Europa. Pero esa

perspectiva política resultó rotundamente superada cuando los nuevos desarrollos del capital y sus formas estatales, alcanzando la “fase imperialista” e imponiendo a la humanidad el pesado costo de dos guerras mundiales, dieron al capital una inesperada capacidad de supervivencia, logrando incluso, además de profundizar la fragmentación y diferenciación de los trabajadores a escala internacional, extender e intensificar su “doble explotación”: ya no solo como productores, sino también en cuanto *consumidores*.

## El archipiélago de los mil (y un) marxismos

Lo cierto fue que, contra las previsiones de Marx (y posteriormente las del mismo Lenin), el sistema capitalista mundial dio muestras de tal flexibilidad y *resiliencia*<sup>3</sup> que, a lo largo del siglo XX, fue capaz de impulsar la expansión global del capital y de asimilar los desafíos planteados por las rupturas parciales que se produjeron en los “eslabones débiles” del capitalismo imperialista, y que dieron lugar a la Rusia soviética tras la Primera Guerra Mundial y, al salir de la Segunda Guerra, el llamado *glacis*<sup>4</sup> de la Europa del

---

<sup>3</sup> La *resiliencia* es un término que proviene de la física y se refiere a la capacidad de un material para recobrar su forma después de haber estado sometido a altas presiones. Fue tomado por la psicología y otras ciencias para indicar la capacidad de una persona u organismo de superar presiones y dificultades o, incluso, convertir esos obstáculos en factores dinamizadores de nuevos desarrollos.

<sup>4</sup> *Glacis* es un término que originalmente designa un terreno descubierto y levemente inclinado que, rodeando una fortificación, no ofrece refugio a posibles agresores. Por extensión, el término

Este, y en Asia, la China Popular, seguida por Corea del Norte y Vietnam del Norte.

Esta capacidad de supervivencia y expansión del capitalismo, completamente imprevista, tuvo efectos destructivos en las organizaciones obreras, en el movimiento socialista internacional y en los procesos de liberación nacional del mundo colonial. Lo que comenzó como reparto del mundo en zonas de influencia y “coexistencia pacífica”, derivó en derrotas, descomposición y capitulación. Y su correlato, en el terreno de las ideas: un generalizado repudio “al marxismo” tal y como había sido asumido por parte de amplísimas franjas de la intelectualidad y la izquierda institucionales. Los renegados proliferaron y actúan todavía como censores y celadores que pontifican, desde un discurso “posibilista”, sobre lo “políticamente correcto”.

Felizmente, esa deriva *liquidacionista* comenzó a ser desafiada hacia fines del siglo XX por nuevos aportes y discusiones, conformando lo que el recientemente fallecido marxista francés Daniel Bensaïd denominó “el archipiélago de los mil (y un) marxismos”, diciendo que podría “constituir el tronco común de un programa de investigación” pero advirtiendo también que este “solamente tiene realmente futuro si, en lugar de encerrarse en el ámbito universitario, logra establecer una relación orgánica con la práctica renovada de los movimientos sociales, en particular, con las resistencias a la mundialización imperialista” (Bensaïd, 2003: 16)

---

se utilizó para designar el espacio-tampón conformado y dirigido por la URSS (las llamadas “Democracias Populares” de la Europa del Este y el Pacto de Varsovia) tras la Segunda Guerra, a fin de optimizar la defensa del territorio y el régimen.

En este archipiélago se puede inscribir, con rasgos originales, nuestro propio intento de asumir los desafíos de la transición en el terreno de las ideas, removiéndole anacrónicas ortodoxias y desgarrando el conformismo posmoderno. Aunque tal vez convenga aclarar, antes de seguir, que sostener la necesidad de una renovación y desarrollo del pensamiento crítico no significa añorar la adormecedora “certidumbre” de la vieja y adocenada “ortodoxia” marxista, ni puede entenderse como una búsqueda narcisista de “originalidad” intelectual o el cultivo de alguna “intransigencia” doctrinaria. Se trata de reconocer y superar un problema, y con respecto a como hacerlo estoy de acuerdo con Michael Löwy cuando escribe:

¿Cómo corregir [...] las numerosas lagunas, limitaciones e insuficiencias de Marx y de la tradición marxista? Por medio de un *comportamiento abierto*, una disposición a aprender y enriquecerse con las críticas y los aportes provenientes de otros sectores —y, en primer lugar, de los *movimientos sociales*, “clásicos”, como los movimientos obreros y campesinos, o nuevos, como la ecología, el feminismo, los movimientos para la defensa de los derechos del hombre o para la liberación de los pueblos oprimidos, el indigenismo, la teología de la liberación—. Pero también es necesario que los marxistas aprendan a “revisitar” las otras corrientes socialistas y emancipadoras —incluyendo las que Marx y Engels ya habían “refutado”— cuyas intuiciones, ausentes o poco desarrolladas en el “socialismo científico”, a menudo se revelaron fecundas: los socialismos y feminismos “utópicos” del siglo XIX [...], los socialismos libertarios (anarquistas o anarcosindicalista) y, en particular, lo que yo llamaría los *socialistas románticos*, los más críticos

en relación con las ilusiones del progreso [...] finalmente, la renovación crítica del marxismo exige también su enriquecimiento por medio de las formas más avanzadas y más productivas del pensamiento no marxista [...], así como la consideración de los resultados limitados pero a menudo útiles de las diversas ramas de la ciencia social universitaria (Löwy, 2010: 16-17).

## Teoría revolucionaria, no doctrinaria

Creo que el desarrollo del pensamiento crítico no debe ser concebido como tarea de una “escuela” más o menos exclusiva. Crecerá con opiniones diversas y muchas veces encontradas. Un modesto ejemplo de que es posible hacerlo lo da la trayectoria de una publicación en la que tengo el privilegio de participar desde su fundación: *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*. En 1996, la presentamos como “una revista abierta a diversos aportes del pensamiento marxista o que aun sin provenir del marxismo proponga respuestas fundadas a los problemas que enfrentamos” (Herramienta 1, 2006: 4). Y diez años después pude escribir:

el colectivo que de hecho se viene conformando con decenas de colaboradores argentinos, latinoamericanos, estadounidenses y europeos que —desde muy diversas disciplinas y tradiciones teórico políticas— convergen en *Herramienta* es, tal vez, el resultado más promisorio del camino recorrido. Representa una plataforma para pensar y asumir nuevos y más audaces proyectos, buscando en todo caso conservar e incrementar la *diversidad temática*, la riqueza de

*enfoques* y la convergencia de trabajo con distintos “registros” en esta revista un tanto insólita, que se diferencia de la chatura dogmática y consignista de tantas publicaciones de izquierda, y simultáneamente rompe los límites políticos y cánones ‘disciplinarios’ de las producciones académicas [...] hemos ido tejiendo una red de relaciones teóricas, políticas y humanas que existe y se extiende porque, independientemente de discrepancias y discusiones más o menos fuertes, *se valora la comunidad del esfuerzo digno, solidario y comprometido con todas las experiencias emancipatorias colectivas*. Es una construcción que nos supera y desborda, en la medida misma en que, así, nuestro colectivo se articula e integra con otras publicaciones y múltiples emprendimientos teórico-político-culturales, tratando en todos los casos de aprender y aportar (Casas, 2006: 9, 11).

Quiero destacar ahora que esa necesidad de un *comportamiento abierto* que recomienda Löwy y ejemplifico apelando a la experiencia de un colectivo editorial teórico-político, es asumida y practicada en términos aún más audaces por el Frente Popular Darío Santillán. A partir de la convicción de que “las ideas políticas correctas no se deducen lógicamente de premisas generales sino que se construyen en el tiempo”, en uno de sus documentos de trabajo se explicita que

el FPDS se construye desde una definición movimientista en lo ideológico. Esto significaba que se construye desde definiciones básicas como el anticapitalismo, el antiimperialismo y su apuesta al socialismo. Posteriormente agregará el antipatriarcado. Pero no asume una identidad ideológica cerrada sino que con-

tiene militantes de diversas procedencias ideológicas (marxistas de distintas líneas, anarquistas, cristianos de la teología de la liberación, peronistas de izquierda, feministas, autonomistas) que van procesando la nueva síntesis sin asumirse como tendencias (FPDS, 2010)

Allí se explica además que los tiempos de debate relativamente extensos que esto implica no fueron paralizantes:

en una misma organización han convivido posturas divergentes y se pudieron desarrollar prácticas conjuntas sin generar divisiones, ni rupturas. Y durante un [relativamente] largo lapso de tiempo ninguna posición convirtió en cuestiones de principios estos debates. Las prácticas no se paralizaron y fueron orientadas de acuerdo a lo que consensuaba la mayoría. La posibilidad de avanzar hacia una síntesis política supone descartar la idea de que algún grupo es portador de las ideas correctas, justificadas desde distintos criterios de autoridad. Las ideas correctas están en el horizonte, en consecuencia presuponen contemplar las diferencias, aceptar ensayos en un sentido u otro, y tener mucha paciencia.

Semejante perspectiva es tan necesaria como polémica, en la medida que refuta la dañina pretensión de que, disponiendo del adecuado manejo de una teoría “científica” podría o debería orientarse la lucha política, concepción que, de hecho, ha sido una de las más extendidas y dañinas desviaciones propagadas en nombre del marxismo. Lo que no deja de ser una notable paradoja, porque desde sus primeros textos “comunistas” Marx había prevenido contra semejante

concepción, condenando la idea de que el cambio social podía ser impulsado por “educadores” colocados por encima del resto de la sociedad y sosteniendo que, por el contrario: “la coincidencia del cambio de las circunstancias y de la actividad humana o auto cambio solo puede concebirse y entenderse racionalmente como *práctica revolucionaria*” (Marx, 1975: 665-666).<sup>5</sup>

Marx fue un teórico y polemista implacable, pero de ninguna manera un “doctrinario”, y por eso en el famoso *Manifiesto* escribió que los comunistas “no sostienen principios particulares, de acuerdo con los cuales se proponen modelar el movimiento proletario”. Y para que no quedaran dudas acerca de lo que pretendía decir agregó poco más adelante:

Las consignas teóricas de los comunistas no se basan de ningún modo en ideas, en principios que hayan sido inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo. Son solo expresiones generales de las circunstancias concretas de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se despliega ante nuestros ojos (Marx, 2008: 41-42)

Por otra parte, precisamente porque Marx no era un doctrinario y prestaba el máximo de atención a la “lucha de clases existente”, advertía también que la revolución contra el orden del capital proponía un paso

---

<sup>5</sup> Son muchas y diversas las versiones de las Tesis sobre Feuerbach entre otras cosas porque a las dificultades de la traducción se suma la existencia de distintos “originales”: el de Marx y el de Marx retocado por Engels. En relación a la tesis 3, optamos utilizar la redacción de Marx y mantener el término clave de *autocambio* o *autotransformación* —*Selbstveränderung* escribe Marx—, entendiendo que la supresión del mismo modifica sensiblemente el contenido.

histórico sin precedentes: “La existencia de una clase oprimida es la condición vital de toda sociedad fundada en la contradicción de clases. La emancipación de la clase oprimida implica, pues, necesariamente la creación de una sociedad nueva [...] una revolución total” (Marx, 1987: 137).

Lo que Marx decía es que, dado que el capitalismo nos expropia, nos explota y desvaloriza y tiende a convertirnos en nada, debemos cambiar *todo*, y nadie querrá o podrá hacerlo por nosotros. Y así fue escrito en los Estatutos de la Asociación Internacional de los Trabajadores: “la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma”.

*Mutatis mutandis*, también en nuestros días *la teoría no debe ser doctrinaria sino revolucionaria* y esto implica, especialmente en Nuestra América, prestar el máximo de atención a la vital irrupción de las clases subalternas con movimientos y prácticas sociales y políticas portadoras de una potencia creativa que, más allá de ambigüedades y contradicciones, contrasta con la continuada y repetitiva descomposición de los políticos del sistema, de las izquierdas “institucionales” y de los “sabihondos” sectarios. Sin idealizar estas diversificadas experiencias y construcciones, debemos asumirlas como propias por algo que salta a la vista, pero resulta invisible para quienes siguen aferrados a la idea de que la revolución debe ser dirigida “desde arriba”: no han resuelto los problemas de fondo, pero han transformado el terreno y los términos en que dichos problemas se plantean. Constituyen genuinas aproximaciones a la *práctica revolucionaria* concebida como “coincidencia del cambio de las circunstancias y de la actividad humana o autocambio” (Marx, 1975: 666).

El pensamiento crítico debe fusionarse con esta práctica revolucionaria, si quiere ser capaz de analizar el mundo social con sus prácticas y la manera (alienada) en que los seres humanos se insertan en ellas, sin conformarse con oponer a la realidad una condena moral abstracta e impotente. No puede haber procesos de liberación y emancipación sin la construcción de relaciones sociales que en sí mismas los contengan y debemos ayudar a la forja de instrumentos intelectuales para una práctica que contribuya a que ese tipo de nuevas relaciones emerja o se desarrolle. Al mismo tiempo, es necesario un esfuerzo sistemático apuntado a reconocer las limitaciones y aun los obstáculos que nuestras mismas ideas pueden llegar a representar para la transformación de la sociedad. Como no queremos proponer teorías que dominen las prácticas sociales, nuestra crítica debe ayudar a liberarlas, buscando para establecer con ellas nuevas relaciones. Debemos aspirar a que el mismo proceso de conocimiento se afirme como una relación social que tiende a superar el aislamiento, la competencia y la violencia de las relaciones interindividuales que son propias del orden del capital.

## *Transición* en política: otra política y otra manera de hacer política

El historiador y ensayista Omar Acha, uno de los que apuesta y aporta al nacimiento de una nueva generación intelectual en la Argentina, ha escrito que “El subdesarrollo del pensamiento político marxista permitió que se introdujeran subrepticamente elementos de derecha en su seno. Como no había nociones sólidas para detectarlos, pasaron desapercibidos”. Y agrega que cuando Kautsky y Lenin “situaron la estrategia socialista en el terreno político” lo hicieron de tal modo que

Instituyeron una visión vertical de la política revolucionaria [...] Al depositar la claridad marxista en el partido, naturalmente con importantes diferencias entre ambos, sentaron las bases de una expropiación de la voluntad política de la clase obrera. Instalaron la noción de un credo marxista que no debía ser “revisado”. El costo de la ortodoxia marxista [...] fue alto (Acha, 2008: 137-138).

Creo compartir la crítica formulada por Acha, y ya volveré sobre las expresiones y consecuencias de ese

“subdesarrollo del pensamiento político marxista”. Pero pienso que para superar esa falencia sigue siendo necesario partir de la misma crítica marxiana, en tanto devela los meandros a través de los cuales *el capital* (relación social en virtud de la cual el objeto producido deviene sujeto y comando sobre el productor) implica la *incontrolabilidad* de la vida social y representa una escisión antagónica que produce y reproduce continuamente la alienación y el fetichismo: de la mercancía, del dinero, del Estado. Ocupándose de las cuestiones “económicas” pero escudriñando más allá de las apariencias, supo advertir que la *igualdad política* de los *ciudadanos* encubría las *desigualdades sustanciales* que existen en la sociedad capitalista “pues el poder político es precisamente la expresión oficial de la contradicción de clase dentro de la sociedad civil” (Marx, 1987: 137). De allí, finalmente, su comprensión de que la emancipación humana requería quebrar esa dominación del capital, revolucionando tanto la esfera socioeconómica como el poder político que, disueltos los antiguos lazos de *dependencia personal* del feudalismo, se construyó (y se recrea permanentemente) sobre la base del moderno antagonismo. Partidario de la *revolución social*, Marx asumió la necesidad de la *lucha política* sin dejar de plantear una crítica sustancial a esta. A la idealización de la política como supuesto terreno de comunicación y realización humanas, opuso la sólida convicción de que constituía en realidad una “mala mediación”: no superación, sino más bien expresión de limitaciones que, materialmente ancladas en el antagonismo social, impiden a los hombres realizarse plenamente como tales. Su teoría de la *revolución como autoemancipación de los explotados en marcha*

*hacia una nueva sociedad (o forma histórica)* sigue siendo un punto de partida ineludible para superar el subdesarrollo señalado al inicio de este capítulo (y guarda relación con lo dicho en el anterior capítulo sobre el carácter inconcluso del proyecto de Marx). Si tuviera entonces que señalar lo que considero el núcleo duro (y válido) de la concepción marxista, diría que la política socialista consiste, siempre y en cada momento, en asumir y llevar adelante la tarea de restituir o devolverle al cuerpo social los poderes usurpados por la política burgués-estatalista: “La política socialista o sigue la senda que le fijó Marx —del sustitucionismo a la restitución— o deja de ser política socialista y, en vez de ‘autoabolirse’ a su debido tiempo, se convierte en autoperpetuación autoritaria” (Meszáros, 2001: 539).

Hay que rescatar también la concepción de que la revolución no resulta ni de un determinismo económico, ni de un puro voluntarismo político. Es un proceso que *adviene* sobre la base de determinadas condiciones o prerequisites objetivos y la acción de un sujeto colectivo que, con su práctica revolucionaria, apuesta e intenta la transformación revolucionaria tanto de las circunstancias como de la misma gente que lucha por el cambio.

## **Insuficiencias y anacronismos**

Y sin embargo, como ya se dijo, la teoría de la revolución y de la política que nos legara Marx resulta en algunos aspectos insuficiente o anacrónica. Y no solo por los inmensos cambios que se han acumulado a lo largo de un siglo y medio, sino porque existían en

esa elaboración “puntos ciegos”, ambigüedades y expectativas refutadas por la realidad. Me limitaré a señalar dos, que tuvieron significativas consecuencias políticas.

El primero, tiene que ver con el desarrollo de la organización y conciencia de los trabajadores. Marx había advertido ya en el *Manifiesto Comunista* que la clase trabajadora, sometida a la explotación de una multiplicidad de capitales, estaba necesariamente fragmentada y que las condiciones materiales empujaban a que los trabajadores compitieran entre sí. Posteriormente, en el curso de su investigación crítica de la economía política, se refirió con más detalle y profundidad a estas cuestiones y otras estrechamente relacionadas, como la *subsunción real* del trabajo, la producción del *trabajo abstracto*, etcétera. Paradójicamente, estos progresos teóricos no tuvieron un correlato en el terreno político. De hecho, se subestimó el impacto que el desarrollo de estos mecanismos cada vez más sofisticados tendría a largo plazo en el desarrollo de la organización (sindical y política) de la clase obrera y de su conciencia. Peor aún, se alentó la confianza en que la creciente concentración y combinación del capital y el desarrollo de la gran industria acarrearían, como contrapartida, la acelerada multiplicación de la fuerza, la organización colectiva y la conciencia de la clase obrera. No ocurrió así. La fragmentación y las desigualdades de los trabajadores se mantuvieron y agravaron, alentando así, directa o indirectamente, recurrentes esperanzas y confianza en el rol “correctivo” del Estado.

Otro error que tuvo consecuencias políticas negativas fue la caracterización de que el “bonapartismo”, al estilo de la Segunda República en Francia, constituía para la clase dominante “la única forma de gobier-

no posible” y “la forma última” del poder estatal burgués (Marx, 2003: 63-64). La correlativa suposición fue que el “parlamentarismo” estaba liquidado. Ocurrió algo completamente diferente. A fin del siglo XIX y a lo largo del siglo XX se sucedieron cambios estructurales y en las superestructuras políticas del capitalismo, incluyendo profundas transformaciones del Estado y del sistema mundial de Estados. En cuanto al parlamentarismo, pronto se reveló capaz de apresar entre sus redes a los partidos obreros de Europa, incluso al Partido Obrero Socialdemócrata Alemán, el más fuerte del Viejo Continente y supuesto custodio del marxismo. En lugar de sentarse sobre las bayonetas del ejército y confiar la salvaguarda de sus intereses de clase al “Estado gendarme”, la burguesía supo afirmarse como *clase dominante* desplegándose también como *clase dirigente*, utilizando la cohesión y el consenso, desde un Estado que, además de reprimir, educaba y “moralizaba” con sus valores a las clases subalternas, montando “casamatas” en la sociedad civil e incluso entre los trabajadores. Pero esto no lo advirtió Marx, sino el italiano Antonio Gramsci, y muchos años después. Así pues, Marx señaló objetivos generales y principios válidos estratégicamente que, sin embargo, resultan actualmente insuficientes.

## **Redefinir lo político y las políticas contra hegemónicas**

Urgen desarrollos teóricos y prácticos para precisar aquellas tareas políticas y las *mediaciones* que permitan afrontar los problemas de la transición. Felizmente, a pesar y en contra de la revolución con-

servadora, existen aportes y discusiones en las que podemos y debemos apoyarnos. La mexicana Rhina Roux ha sintetizado muchos debates en un artículo que considero digno de mención. Sobre las relaciones entre Estado y política precisa que:

El Estado no es una cosa ni se reduce a los gobernantes. No es una sustancia, un sujeto o un ente externo a la sociedad. El Estado es un *proceso relacional*: un proceso activo, dinámico, fluido, que se teje en *interacciones recíprocas* entre los seres humanos, que se realiza en el conflicto y en cuya configuración participan también las clases subalternas [...]. Este momento político del que “brota” la forma-Estado no es producto del arbitrio ni de un engaño colectivo. Está anclado, por un lado, en la política: actividad humana que relaciona a los hombres en tanto copartícipes de una forma organizada de su vida en común, de su vida pública (*res publica*). Está contenido, por el otro, en la propia dialéctica de la dominación que, para ser tal, supone al mismo tiempo un proceso de negación y reconocimiento del dominado [...]. El Estado es en realidad un proceso inestable. En su existencia y modo de manifestación, la forma-Estado expresa el permanente intento de unificar una sociedad, de suspender el conflicto, de institucionalizar y domesticar la política. Pero nunca ese proceso queda fijado, cristalizado. Porque se trata de un vínculo dinámico entre seres humanos, la estatización de la vida social está siempre atravesada por el conflicto y desbordada por la política autónoma de las clases subalternas (Roux, 2002: s/n)

Así, dejando de lado los tan frecuentes abordajes “metafísicos” del Estado, puede intentarse una redefinición radical de lo político. Escribe Roux:

La política es un concepto que desborda lo estatal. La política refiere a esa cualidad específicamente humana -no presente en ningún otro ser vivo sobre la tierra: el atributo de la libertad, de la acción humana orientada a la construcción de las normas que regulan la convivencia. En contraste con las actividades orientadas a la reproducción material de la vida, a la satisfacción de necesidades (producción, intercambio), la política es el ámbito de la confrontación en el que se decide el cómo organizamos, *nosotros* –no ellos– nuestra vida colectiva (id.).

Asumiendo esta perspectiva, es posible dejar de lado la falsa opción entre los partidarios del politicismo estatalista y aquellos que sostienen una postura radicalmente antipolítica. Esta superación consiste en pasar a pensar y proyectar la confrontación política en términos de *otra política*:

La lucha contra el capital es una *confrontación política* que, para ser efectiva, debe realizarse con *medios políticos*. Ello no significa reducir la actividad política a la participación en elecciones o a la ocupación de puestos en el aparato estatal (espacios propios de la política estatal que, por lo demás, son también utilizados por las clases subalternas para expresar inconformidad y rebeldía). Significa que la lucha contra el capital es, sobre todo, una lucha por construir nuevas reglas de organización de la vida social: por redefinir las normas que ordenan la convivencia, lo que compete a todos, lo relativo a la *res publica*. Esta lucha es, necesariamente, una *confrontación política* [...] La lucha contra el nuevo poder incontrolable del capital global pasa no por una negación de la política, ni por una apuesta a la pasividad, sino por una *recuperación de la política* (id.).

La importancia de esto va mucho más allá de lo teórico, por cuanto habilita asumir construcciones *políticas de y para los de abajo*:

supone también volver la mirada a las múltiples formas que adopta *la política autónoma de las clases subalternas*: esa que nutrida en agravios y humillaciones, se construye cotidianamente en la experiencia y está anclada en la memoria de luchas, victorias y derrotas pasadas. [...] Esa lucha supone, sí, una *disputa por la soberanía*: una confrontación en la que lo que se juega no es la ocupación del aparato administrativo del Estado, sino *quién decide* —y desde qué principios y con qué fines— las reglas que ordenan la vida de todos [...] Si la lucha contra el capital es una lucha por la construcción de una nueva forma de relationalidad social y por la recuperación de la condición humana, entonces esa lucha es también, necesariamente, una que supone trascender la politicidad enajenada: la expropiación por el capital a los seres humanos [...] del derecho a organizar, controlar y decidir libremente la forma de organización de su vida social. Es la lucha por la construcción de aquello que Marx, frente a la comunidad ilusoria estatal, visualizaba como una *comunidad real y verdadera*: una asociación política fundada en la libertad, en la plena realización de la individualidad concreta y en el reconocimiento recíproco como personas (íd.)

## Desafíos para la nueva izquierda

Llegado a este punto, trataré de aportar algunas consideraciones referidas a la posible construcción de una nueva izquierda en nuestro país y en el particular contexto de Nuestra América. Sin perjuicio de esto,

cabe comenzar por advertir y asumir que la crisis de la izquierda viene de lejos y va mucho más allá de las debilidades y condicionamientos “históricos” de la izquierda argentina, en sus diversas vertientes. Dicho de otra manera, los problemas de nuestra izquierda no pueden ser considerados al margen de los problemas y desafíos más o menos comunes a los que se enfrentan el conjunto de los trabajadores y sectores populares, a escala mundial. No se trata solamente de una relación de fuerzas globalmente desfavorable que se deriva de una sucesión de pasadas derrotas, sino de algo característico de esta época transicional: por un lado, la urgencia de frenar el incremento de la barbarie que se deriva de la crisis estructural del capital; por el otro, la insuficiente preparación política y teórica de “los de abajo” para combatir al capitalismo de manera efectiva y sostenida.

En nuestro país, como en todo el mundo, las políticas neoliberales abrieron una brecha inmensa entre la creciente riqueza acaparada por los explotadores y las miserias (no solo pobreza) impuestas a la inmensa mayoría del pueblo. Y si bien a partir del año 2003 la masa de “desocupados estructurales” se redujo, el desmantelamiento de las antiguas estructuraciones de los asalariados (tareas, categorizaciones, convenios, etcétera) y el salto cualitativo en la degeneración de las grandes organizaciones sindicales (cuyas cúpulas y aparatos, por lo demás, ya habían dejado de ser independientes mucho antes) han dejado marcas duraderas en el pueblo trabajador. Además, operan deliberada y sistemáticamente mecanismos de asimilación y/o disgregación de los movimientos y agrupamientos sociales conformados en la resistencia al neoliberalismo y/o en las luchas para enfrentar la crisis de 2001. Continua-

mente se tropieza con la arraigada práctica de las direcciones políticas y sindicales tradicionales apuntada a desalentar movilizaciones y acciones directas, a aferrarse a reivindicaciones autolimitadas y objetivos sectoriales, insistiendo en una orientación puramente defensiva que se reveló ineficaz en el pasado y resulta más inútil en este momento histórico. Los avances y pretensiones del capital, en todos los terrenos, generan múltiples y continuados conflictos; de tal modo que si, por un lado, se fragmenta a los sectores populares, por el otro se “socializa” el conflicto despertando resistencias que *podrían ser*, de conjunto, *antagónicas* al capitalismo. Claro que esto no es automático, pues reclamos sectoriales parcialmente contradictorios pueden neutralizarse mutuamente, e incluso, en muchos casos, ser manipulados para enfrentar a “pobres contra pobres”; pero lo cierto es, en todo caso, que debemos asumir la generalizada conflictividad social como terreno complejo en que la reconstrucción de una identidad popular y de clase es necesaria y posible, en la medida que colectivamente se recupere o fortalezca la capacidad de “hacer juntos” de los trabajadores, se rompan las formas fetichizadas de las relaciones sociales cotidianas y un genuino movimiento popular recoja y proyecte las mejores tradiciones de lucha de nuestro pueblo, estrechando los márgenes de maniobra de la colaboración de clases y del populismo.

Apostar a una construcción que, sobre la marcha, vaya definiendo un camino superador de sendas ya recorridas, requiere voluntad, elaboración política, audacia comunicativa y flexibilidad organizativa. Solo con esta vocación e impulso será posible acercar fuerzas y experiencias militantes diversas (a veces incluso

conflictivas) y alentar a la convergencia de diversas tradiciones para proyectarse conjunta y creativamente en una nueva perspectiva emancipatoria construida colectivamente. No hay recetas, ni sendas preestablecidas para hacerlo. Pero creo que ayuda advertir que nos enfrentamos con un enemigo multifacético, lo que el filósofo cubano Gilberto Valdez Gutiérrez ha denominado “el sistema de dominación múltiple del capital”.<sup>1</sup> Frente a semejante dominación múltiple

Lo antisistémico actúa como horizonte de sentido de las resistencias y las luchas del presente (aunque teniendo los pies y las mentes puestos en las contradicciones que deben ser resueltas en el plano social-popular, nacional y regional) que adelantan, desde la cotidianidad de esas luchas, procesos económicos, políticos y culturales en franco desafío a la lógica del capital en todos los planos. Dicha perspectiva, en consecuencia, va más allá de la mera sustitución de un régimen de propiedad por otro, ya que contiene un desafío integral a las formas de dominación múltiple del capital y a la civilización que este engendró a nivel planetario. Se trata de un potente esfuerzo de ruptura radical con la lógica de dominación y sujeción del capital en todas sus modalidades, desde lo económico productivo hasta lo simbólico cultural. Lo antisistémico se resignifica como subversión/superación no solo política, económica y social del capitalismo, sino civilizatoria y cultural, mediado

---

<sup>1</sup> Categoría formulada por el filósofo cubano Gilberto Valdez Gutiérrez en su tesis de doctorado publicada en 2002 y enriquecida en los Talleres Internacionales sobre Paradigmas Emancipatorios organizados en La Habana por el grupo GALFISA y organizaciones como el Centro Memorial Dr. Martin Luther King, Jr.

por ejes transversales, cuyo centro es la diversidad (de género, étnico-racial, cultural, identitaria, etcétera). La referencia de los valores antisistémicos (anticapitalistas, antipatriarcales, por relaciones de producción no depredadora con el medio ambiente, en defensa de la diversidad natural, de la diversidad social-humana) es clave para asumir esos valores en la cotidianeidad y fundar las acciones de transformación en esa ética y no desligar fines y medios” (Valdés Gutiérrez, 2009: s/n).

Las experiencias históricas y presentes, tanto a escala nacional como al nivel de Nuestra América, indican que existe entre los explotados y oprimidos una heterogeneidad o variabilidad que difícilmente un Partido pueda ignorar, y menos aún subsumir. Son necesarios, entonces, tanto la capacidad de *reconocer y respetar diferencias*, como un sistemático empeño de convergencia, de autovaloración y formación que contribuya a *unir lo diferente en luchas (y perspectivas políticas) comunes*. Estas mismas experiencias nacionales y continentales sugieren la posibilidad y conveniencia estratégicas de *intervenir en todos los ámbitos de la sociedad*, integrando a activistas y movimientos sociales que son también políticos, y aglutinando los intereses de las distintas franjas populares en la construcción de un proyecto político contrahegemónico. El Frente Popular Darío Santillán habla en este sentido de “*multisectorialidad*”, y la asume como uno de sus rasgos constitutivos. Pero esto, aun siendo valioso, representa tan solo un comienzo: se trata ahora de que la conquista metodológica y organizativa que es la “*multisectorialidad*” demuestre su “*productividad*” contribuyendo a la generación de políticas con las que pueda forjarse una voluntad colectiva por el cambio

social capaz de ofrecer un proyecto emancipatorio a escala nacional y regional.

## Cambiar, para cambiar el mundo

Desde la izquierda, hemos dicho y seguimos diciendo con justa razón que es hora de terminar con el verticalismo burocrático, el imperio de “los cuerpos orgánicos” y los aparatos con que el peronismo pretende “controlar la calle”. Pero también la izquierda debe dejar de lado todas las concepciones que, en una u otra forma, recrean la idea del Partido (o la Orga) “dirigente”, y viejos hábitos como la pretensión de mimetizarse en organizaciones supuestamente amplias que resultan ser “correas de transmisión” de directivas partidarias. Son concepciones y prácticas que reproducen relaciones jerárquicas derivadas de la división social del trabajo. Es preciso repetir, tantas veces como sea necesario, que el *instrumento político* que se requiere debe ser concebido como un *medio*, una *construcción en movimiento* capaz de cambiar al compás de los procesos en que se interviene y acomodándose a la praxis de sus componentes. En otras palabras, una organización política que, en lugar de sustituir o imponer directivas desde afuera del movimiento real, sea parte del mismo y como tal se construya, articulando diversas formas de organización, acordes a las experiencias, necesidades e intereses de quienes las integran y del sector social en que luchan, desarrollando una praxis transformadora que transforme la misma organización, promoviendo tanto la capacidad autónoma de cada militante como una voluntad común del colectivo.

La batalla por el cambio social se articula con una reivindicación de la *libertad* que, desbordando el enfoque liberal de la libertad individual contingente, potencia la tendencia de los hombres a liberarse de la necesidad para reapropiarse de una libertad verdadera y socialmente compartible. Se trata de combatir y superar arraigadas deformaciones introducidas en las grandes organizaciones obreras de masas por la burocratización y la presión del capital, recuperando valiosas tradiciones que fueron siendo abandonadas en el camino: recordemos, por ejemplo, que el *Manifiesto* definía al comunismo como “una asociación en que el libre desarrollo de cada uno es la condición para el libre desarrollo de todos” (Marx-Engels 2008: 52). La libertad concebida como *tendencia* o movimiento tiene diversos niveles: libertad, como conciencia y manejo de la necesidad, con la mediación dialéctica del trabajo; libertad, como conquistada libertad común de los individuos asociados. Y constituye un progreso teórico y político advertir que la libre voluntad se verifica también y sobre todo con el reconocimiento, no ya de la necesidad, sino de *los posibles*.

A Gramsci se debe la indicación de que la voluntad política deja de ser un registro de supuestas necesidades unívocas, para convertirse ella misma en uno de los llamados “factores objetivos”, elevándose al nivel de una voluntad capaz de hacer una síntesis entre ella misma y el conjunto de los condicionamientos objetivos. Afirmando que la libertad es la dialéctica de toda la historia humana, pero que en determinado momento histórico se hace también “libertad consciente de serlo” (Gramsci, 2001: 130), sugiere que, a la dialéctica entre necesidad y libertad, se suma *una dialéctica superior entre libertad “objetiva” y concien-*

*cia “subjetiva” de la libertad.* Debemos luchar por una ampliación cualitativa de las libertades *formales*, conjugando las “libertades menores” en una *libertad mayor* que es el libre aporte a la construcción de una “voluntad general” capaz de revolucionar el injusto ordenamiento social. Y la fracasada experiencia de los socialismos estatal-policíacos nos enseña que semejante construcción colectiva no es posible sin un *genuino pluralismo socialista*, por cuanto

la condición elemental para la puesta en práctica de los principios de una transformación socialista [...] es la producción de una conciencia de masas socialista como única forma factible del auto desarrollo de la acción en común. Y esta última, claro está, tan solo puede surgir de los constituyentes verdaderamente autónomos y coordinados (no dominados y manipulados jerárquicamente) de un movimiento inherentemente pluralista (Mészáros, 2001:799).

## **Poder popular y organizaciones revolucionarias**

No postulo una nueva teoría de la organización, por la sencilla razón de que no la tengo. Pero esto no puede ser un impedimento para sostener que debemos organizarnos y luchar políticamente, dando pasos que, utilizando los métodos de prueba y error, la crítica y la autocrítica, se ajusten a las condiciones en que debemos actuar y a las experiencias y capacidad militantes acumuladas, incluyendo en esto la disposición y capacidad de relación con los más amplios sectores del pueblo trabajador. Creo firmemente en la necesidad de asumir la construcción de un “instrumento” o movimiento político-social revolucionario, sin

hacer de esta necesidad un objetivo en sí misma, porque siempre debe estar subordinada al reconocimiento y la potenciación de la autoactividad de la clase trabajadora, concebida esta con el criterio que propone el sociólogo (y compañero) Ricardo Antunes:

concepción inclusiva y ampliada de trabajo, que contempla tanto su dimensión colectiva como subjetiva, tanto sea en la esfera del trabajo productivo como en la del improductivo [de plusvalía], ya sea material o inmaterial, así como en las formas asumidas por la división sexual del trabajo debido a la nueva configuración de la clase trabajadora (Antunes, 2005: 38).

La convicción de que “la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos” no implica despreciar la organización y acción políticas. Por el contrario, para impulsar el “socialismo desde abajo” es bueno dejar de lado las simplificaciones ingenuas y el “autonomismo” mal entendido. Toda la historia de la lucha de clase nos advierte que la autoactividad de las clases subalternas es una resultante —siempre frágil y reversible— de relaciones de fuerza y de luchas en las que los trabajadores se enfrentan con el enemigo de clase (y consigo mismos, en la medida que el antagonismo de clase no deja de penetrarlos). Son necesarias ciertas formas de organización amplias y flexibles que contengan la diversidad del movimiento y permitan avanzar experiencias de poder popular, pero también se requiere de la acción y del aporte ideal y militante de fuerzas políticas anticapitalistas organizadas, e incluso de la disputa constructiva entre las mismas, porque la actividad autónoma de los explotados implica una ruptura, al menos par-

cial, con los comportamientos, valores e ideas que la dominación de los explotadores y su Estado inducen cotidianamente.

La autoemancipación es una construcción de largo aliento, con avances, retrocesos e inevitables disputas, que se desarrolla tanto a escala nacional como internacional. Un siglo y medio de luchas del movimiento obrero y revolucionario (incluyendo desviaciones y derrotas) impone la necesidad de *recuperar* conceptos como “actualidad de la revolución”, “socialismo”, “comunismo”, “autoactividad”, “autodeterminación”. Esta recuperación implica asimismo *repensarlos y ajustarlos* a la luz de las experiencias del pasado, las condiciones del presente y el desafío de un incierto futuro. Y aunque no lo he tratado específicamente, espero que de lo escrito a lo largo del libro surja la convicción de que nuestras luchas y organizaciones deberán no solo *reafirmar*, sino también *repensar* el combate por la autoemancipación de los explotados en términos de un *nuevo y concreto internacionalismo*, un antiimperialismo consecuente asumido en primer lugar desde la nación y Nuestra América, pero comprometido con los combates de los explotados en cualquier lugar del mundo.

El “socialismo desde abajo” debe ser impulsado con plena autonomía de las llamadas políticas de Estado. Incluso si los gobiernos de algunos de estos Estados, como ocurre en el caso de los que conforman el ALBA, aportan a la conformación de una plataforma regional progresiva en la medida que pone barreras a las pretensiones imperiales del Norte, las razones de Estado chocan una y otra vez con las necesidades emancipatorias de los pueblos. Reconocer los aportes del liderazgo carismático de Chávez a la revolución bolivariana

no puede ser un obstáculo para criticar y aun enfrentar limitaciones, inconsecuencias o políticas equivocadas: es inadmisibles defender a un multimillonario corrupto y asociado a los imperialistas como Ghadafy por razones de amistad personal; no se puede saludar como revolucionario al régimen iraní, cuando se trata de una dictadura teocrática y ferozmente antiobrera; así como no es admisible entregar guerrilleros de las FARC o el ELN al régimen reaccionario y represivo que hoy preside Santos. Cuando el gobierno que preside Evo Morales decreta un brutal aumento en el precio de los combustibles, hay que estar con el pueblo insumiso que se expresa en las calles. Así como, para terminar dando otro ejemplo sensible, apoyar la Revolución Cubana hoy significa, también, conservar independencia y capacidad crítica frente a una reforma económica que aparece planteada en términos de “ajuste” a los sectores populares e impuesta desde arriba, y disposición a una fraterna colaboración con quienes, en el entrañable “territorio libre de América”, aspiran a una profundización que lleve a la revolución cubana, irreversiblemente, más allá del capital.

### **Una nueva situación... con tendencias en disputa y final abierto**

La crisis de 2001 y la irrupción de millones que durante meses ocuparon calles y plazas reclamando “que se vayan todos” constituyeron una impugnación radical del régimen y su institucionalidad política. Pero la movilización y los ensayos de autoactividad de los de abajo no maduraron políticamente y no se proyec-

taron en un gran movimiento alternativo de alcances y significación nacionales. Como escribí hace ya algunos años

La crisis no alcanzaba solo a la burguesía y el parlamento: ella era también una crisis de las clases subalternas, que no conseguían forjar una voluntad común e imponer su proyecto hegemónico aunque hubiesen desarticulado la hegemonía de las clases dominantes (Casas, 2004: 143).

La impotencia y frustraciones que de allí se derivaron posibilitaron la salida electoral encuadrada por Duhalde y una (inicialmente) muy titubeante recomposición del sistema. Luego, la sostenida ofensiva política impulsada por Néstor Kirchner y continuada hoy por Cristina Fernández de Kirchner, aprovechando un contexto económico relativamente favorable, ha conducido a una nueva situación o coyuntura política, marcada indudablemente por el fortalecimiento del llamado “proyecto” kirchnerista, pero cuya dinámica y desenlace continúan abiertos, en disputa. No creo que las clases dominantes hayan alcanzado esa estabilidad político-institucional tan deseada, tanto desde el gobierno como desde la fragmentada oposición que lo critica colocándose a su derecha. Lo que ellos llaman “capitalismo normal”, con una conflictividad mínima y sometida a la regulación estatal, no parece estar a la vuelta de la esquina.

Tenemos entonces *por un lado* la dinámica de cooptación e instrumentación políticas impulsada por un gobierno que, siendo declaradamente procapitalista y defensor del núcleo del agronegocio y el perfil extractivo-exportador, supo tomar nota del aviso de

incendio que fue la crisis de 2001, y se diferenci6 de las fracciones burguesas partidarias del “neoliberalismo de guerra” asumiendo un proyecto neodesarrollista y de integraci6n regional, un sesgo *populista* y un discurso “nacional y popular”. Su construcci6n pol6tica trabajosamente se apoya en la construcci6n de fuerza propia, alianzas transversales, el pejotismo y por 6ltimo, pero no en importancia, la asociaci6n con la burocracia sindical; siempre apuntando a la fragmentaci6n de organizaciones y luchas populares aut6nomas y a la captaci6n de una amplia franja de la juventud que se acerca a la vida pol6tica. Existe tambi6n, *por el otro lado*, una minoritaria pero sostenida experiencia de movilizaciones, articulaciones de lucha y organizaciones con militancia de base, activistas presentes en todo el pa6s y en m6ltiples frentes de intervenci6n, cuya principal debilidad contin6a siendo la carencia de una perspectiva convocante y aglutinadora.

Cabe destacar y valorar que, en este proceso de disputada politizaci6n y de recambio generacional, existe una franja o vertiente de izquierda, minoritaria sin duda pero aguerrida, consecuente y din6mica, con expresa vocaci6n de escapar a los guetos ideologizados. Esta izquierda independiente trabajosamente ha venido acumulando un patrimonio com6n (con formas y desarrollos ciertamente diferentes) y rechaza las viejas formas de hacer pol6tica: la de los viejos aparatos pol6ticos del r6gimen, desde ya, pero tambi6n las pol6ticas puramente reactivas y subordinadas a las cadencias electorales de “partidos” de izquierda, activos en el conflicto social pero encerrados en una autorreferencialidad sectaria e interminables disputas fraccionales. Esta “nueva nueva izquierda”, seg6n la feliz expresi6n de Miguel Mazzeo, de la cual

el Frente Popular Darío Santillán y las restantes organizaciones que conforman la Coordinadora de Movimientos Populares de Argentina (COMPA) son un componente significativo, enfrenta ahora un desafío que no puede ni debe eludir: empeñarse en la construcción de un proyecto y un movimiento político-sociales dispuestos a enfrentar al sistema y al gobierno *con vocación de poder*; esto es, formulando proyectos, políticas y prácticas *gestados desde abajo*, pero para batallar *por abajo y por arriba*, con el atrevimiento y la plebeya desfachatez que se requieren para *interpelar e interpretar* a la juventud en busca de algo distinto y, sobre todo, a los trabajadores y los inmensos sectores populares desposeídos, humillados... y expectantes.

Hay en suma incertidumbres y confusiones, pero también luchas y construcciones políticas en desarrollo, que buscan aportar a una perspectiva emancipatoria “desde abajo y a la izquierda”. Está el oportunismo de quienes se acercan al oficialismo kirchnerista para presentarse como su ala izquierda “nacional y popular”, aunque para ello deban dejar de lado la lucha por el cambio social. También el sustitucionismo sectario, arraigado en organizaciones que, por declararse “marxista-leninista” o “trotskistas”, se creen las portadoras de la línea correcta. Y no falta el variopinto autonomismo, que llega, en algunos casos, al rechazo de toda forma de organización o estrategia colectivas, y en otros a rebuscadas dialécticas discursivas que apuestan a una confluencia “desde abajo” con el oficialismo. En todos estos casos, lo que se deja de lado es lo fundamental: la necesidad de *asumir un nuevo tipo de construcción político-social* con militancia, formas de intervención

y objetivos que, desde los primeros pasos, aporten no solo a la convergencia de luchas y movimientos político-sociales más o menos incipientes y localizados, fortaleciendo sus reclamos y enfrentando las embestidas derechistas sin caer en la trampa de “defender el mal menor”, sino también y sobre todo a proyectarse como *alternativa política capaz de canalizar y construir poder popular*, impulsando un proceso de cambio emancipatorio construido desde abajo, sin moldes sectarios y/o localistas. O dicho de otra manera: ayudando desde el vamos a la *autodeterminación de los de abajo y a la construcción de poder popular* con políticas y proyectos de alcance *nacional y americanista*.

### **Libertad sindical, democracia obrera, clasismo**

En un país de tan fuerte tradición sindical como Argentina, contribuir a la radical renovación de organización, métodos y objetivos de lucha del movimiento obrero debe ser una de las principales tareas políticas de la nueva izquierda. Para no remontarme más atrás, basta con recordar lo ocurrido en 2001-2002: las cúpulas sindicales se “borraron” en los momentos decisivos de la lucha de clases. Activamente o por omisión, acompañaron las febriles disputas palaciegas que pusieron y sacaron presidentes de la Casa Rosada hasta instalar a Eduardo Duhalde: un presidente que nadie había votado. La parálisis y el colaboracionismo de la dirigencia sindical, cuando el régimen se hundía en el descrédito y la clase dominante en una total confusión, ilustran la impotencia y decadencia políticas de la conducción del movimiento obrero. Pero lo que termina de descalificarla es la mansa acepta-

ción del brutal ajuste antiobrero con que Duhalde salió de la convertibilidad, vía devaluación.

Es indudable que la situación de los asalariados tuvo un vuelco positivo: a partir de 2004, se registran mayor nivel de empleo, recuperación salarial, restablecimiento de paritarias y convenios colectivos e incluso cambios en la legislación y jurisprudencia laboral que morigeran la contrarreforma conservadora de las últimas décadas. La mejora relativa no fue una dádiva del gobierno, fue una *conquista*, porque los asalariados, pasado lo peor de 2003 y aprovechando un contexto todavía marcado por cotidianos cortes de calles, manifestaciones y acciones directas, *también* comenzaron plantear sus reclamos con petitorios, asambleas, suspensión de actividades e incluso paros, acciones de protesta y luchas parciales e inconexas, pero muy extendidas. Mastodontes sindicales que hacía décadas no salían a la calle (por ejemplo, la Unión Obrera Metalúrgica) debieron sacudirse la modorra y combinar la negociación por arriba con alguna huelga y con manifestaciones sectoriales, en una gimnasia que, aun siendo controlada, posibilita alguna expresión de base. No debe ignorarse, por otra parte, la influencia de los conflictos “duros” (“huelgas salvajes” según los medios), que más o menos cíclicamente desbordaron el control burocrático, logrando a veces conquistas significativas y, en todos los casos, ejemplificando una potencialidad de lucha que las patronales, el gobierno y los burócratas temen y combaten, pero no pueden erradicar.

El balance del período es complejo. La dinámica de mejorías en el nivel de empleo y salarios parece haberse estancado o ralentizado desde 2008. Pero lo más contradictorio reside en el hecho de que incluso

esa mejoría que un sector de la clase sintió, estuvo acompañada por el incremento *invisibilizado* de la precarización, el trabajo en negro (que alcanza a casi un 40% de la fuerza laboral), los tercerizados y el trabajo esclavo. Las diferencias en el seno de la clase se han incrementado: los trabajadores no registrados cobran, en promedio, la mitad de lo que perciben los que están en blanco. Un 20% de los salarios son recordados “por arriba” pues debe tributar impuesto a las “ganancias” (sic), y en la otra punta se encuentran los nuevos “pobres por ingreso”, como se clasifica a quienes trabajan en blanco por un salario que no cubre el valor de la canasta familiar. Esta fragmentación objetiva, consentida y alentada por el modelo sindical burocrático-peronista, tiene consecuencias subjetivas: la conciencia e identidad de clase siguen desarticuladas, la solidaridad y la defensa de intereses comunes son desacreditadas y se promueve la búsqueda de “ventajas” corporativas. En definitiva, junto con la bonanza económica han crecido la desigualdad y la miseria social. El discurso de los dirigentes cege-  
tistas, que afirman que el movimiento obrero se fortaleció cualitativamente y recuperó protagonismo político, es engañoso. Kirchner reivindicó a la burocracia, le restituyó un lugar dentro del peronismo que hacía tiempo había perdido, dio al “modelo sindical” el blindaje del Estado y, por último, pero no en importancia, se impulsó como nunca ese perfil de “sindicalismo empresarial”<sup>2</sup> adoptado por la burocracia,

---

<sup>2</sup> Lo de “sindicalismo empresarial” tiene múltiples connotaciones: en lugar de organizar la lucha, “ofrecer servicios al afiliado”; gerenciar el sindicato y la obra social con criterios de rentabilidad, hacer inversiones, al límite devenir accionistas de

asegurándole, no solo el discrecional manejo de los fondos sindicales y de las obras sociales con millonarios subsidios, sino también la posibilidad de manejar otras partidas extraordinarias, así como contactos y “facilidades” para que los aparatos sindicales y sus popes acumulen recursos y fuentes de financiamiento, con sesgos mafiosos. *Quid pro quo*: la burocracia devolvió los favores, negociando “con responsabilidad y moderación” ante las patronales y convirtiéndose en pilar fundamental del gobierno: contra la oposición burguesa, en el momento en que hizo falta, pero también y sobre todo como factor orgánico de contención de la clase trabajadora: aceptando los techos salariales y bloqueando la confluencia de las reivindicaciones y luchas del pueblo trabajador.

Pese a las exhibiciones de fuerza de la CGT y de los camioneros, sigo pensando que está en crisis el modelo de unicidad y dictadura de los “cuerpos orgánicos” que la CGT pretende eternizar. Al *sindicalismo empresarial* de manejos mafiosos y patotas multiuso, se opone el desarticulado y soterrado repudio de la mayoría de los trabajadores, para quienes la burocracia constituye un cuerpo extraño y muchas veces peligroso. Esta *experiencia* de clase otorga relevancia a las experiencias de conflictos y organizaciones encuadradas en el *sindicalismo de base*. Así como la toma de fábricas y las empresas recuperadas por los trabajadores se han incorporado al repertorio de la lucha de clases, algo similar ocurre con el reclamo de libertad sindical o de que las asambleas decidan. No debe

---

empresas capitalistas, etcétera. En el caso argentino, ha significado también la acelerada conversión personal de los burócratas y sus familiares en empresarios multimillonarios.

perderse de vista que, a pesar de conservar índices de afiliación sindical superiores a la media internacional, la mitad de los trabajadores en la Argentina está en negro o en condiciones de completa precariedad. Y que en la abrumadora mayoría de los lugares de trabajo no existe ningún tipo organización sindical. De allí la urgencia de una intervención sindical y política alternativa. Cabe reclamar libertad sindical, también y más aún democracia obrera; esto es, discusión y resolución de todos los problemas desde la base. Y junto con la libertad sindical y el ejercicio de la democracia obrera, la clave estará en ganar la capacidad de impulsar y contribuir a la lucha del pueblo trabajador en toda su diversidad (de género, etaria, de registración, originarios de otros países, etcétera). Apoyar la autoactividad y autoorganización de los asalariados, procurando su confluencia con otras vertientes del movimiento popular: organizaciones de trabajadores desocupados, movimientos populares territoriales, asambleas ambientalistas, movimientos de campesinos y pueblos originarios, el nuevo movimiento estudiantil.

Para asumir este desafío debemos atrevernos a oponer a la tradición que esgrime y cultiva la burocracia, la memoria de las luchas y de los combatientes que la historia oficial enterró, pero nosotros podemos y debemos rescatar o *redimir*. Repasando la historia a contrapelo, podremos saltar sobre un abismo de sangre y olvido para reencontrarnos con los vencidos de ayer que, a pesar de la derrota o precisamente porque fueron derrotados, siguen denunciando a los traidores, advirtiéndonos sobre el peligro que nos acecha, recordándonos en definitiva que la única lucha que se pierde es la que se abandona. Aquellas “constelaciones” o “relámpagos” subversivos que podemos extraer de la

“resistencia peronista”, del Cordobazo, de las coordinadoras interfabriles o, mucho más cerca aún, de Darío Santillán en la estación que bautizó con su gesto solidario y con su sangre, nos orientan, nos iluminan, nos dan fuerza; como escribió Michael Löwy: “La relación entre el hoy y el ayer no es unilateral: en un proceso eminentemente dialéctico, el presente aclara el pasado y el pasado iluminado se convierte en una fuerza en el presente” (Löwy, 2005: 71).

## Desbordar el “economicismo”

Urge también la reconsideración del contenido mismo de las luchas, combatiendo pedagógicamente pero con firmeza el economicismo y la estrechez corporativa. Un marxista libertario que ha estudiado en profundidad la crisis del movimiento obrero organizado señala:

No es solamente el poder que la clase dominante tiene sobre las fuerzas productivas lo que el movimiento obrero debe cuestionar para luchar por su reapropiación. De modo mucho más amplio y con más razón, debe ejercer el poder sobre el conjunto de las condiciones sociales de existencia. Allí está la cuestión decisiva de la crisis de la sociabilidad. Es precisamente el *economicismo* (que alimentó la mayor parte de los objetivos y reivindicaciones del movimiento obrero durante la fase fordista) lo que se halla obsoleto [...] es preciso que luche contra el conjunto de la *dominación* capitalista, fuera del trabajo, como también dentro de él. Sin abandonar evidentemente ninguno de sus objetivos en términos de *nivel de vida*, debe hoy colocar en el centro de su

lucha y de su proyecto la cuestión del *modo de vida*, es decir, la manera como la propia sociedad se produce, la manera como ella produce las relaciones que median entre sus miembros, y, a través de ellas, a sus propios miembros (Bihl, 2000: 65).

La búsqueda de una nueva política pasa, en este terreno, por ayudar a superar la separación entre las esferas productiva y reproductiva, ya fundidas de hecho por el capital, superando también la alienante escisión entre *trabajador y ciudadano*; separación y escisión decisivas en la sociedad capitalista. Las luchas contra la intensificación de la explotación, la precarización y la exclusión del empleo, así como contra otras múltiples formas de exclusión, pauperización y miseria, son necesarias e irrenunciables, pero no bastan: por ejemplo, la “explotación” capitalista del ambiente, extendiendo la que se ejerce sobre el trabajo, constituye una concreta amenaza a la vida en general que no debe quedar sin respuesta. Y estas respuestas no podrán ser las que dieron los grandes partidos y centrales sindicales del siglo pasado, siguiendo un libreto y una división de tareas anacrónicos. Las condiciones del antagonismo social en nuestra época obligan a superar

la brecha mistificadora entre *metas inmediatas y objetivos estratégicos generales* que llevó al movimiento obrero a entrar en el callejón sin salida reformista. Como resultado, ahora aparece en la agenda histórica la cuestión del *auténtico control de un orden social metabólico alternativo*, por desfavorables que sean, por ahora, las condiciones para concretarlo (Mészáros, 2007: 91).

La superación de los interminables debates sobre el sujeto revolucionario no se logrará reiterando la pro-

fesión de fe en el “rol histórico de la clase obrera”, sino removiendo el lastre de organizaciones, concepciones y métodos inservibles. Se trata de ayudar a que los trabajadores seamos capaces de intervenir (en la vida real y no solo en el discurso de los marxistas) como *clase general*, que enfrenta al capitalismo teniendo conciencia que los ataques a sus condiciones de trabajo y de vida están inscriptos en una lógica sistémica que representa una amenaza a la comunidad humana y a su necesario equilibrio con la naturaleza.

Para lograrlo se requerirá creatividad, perseverancia y duras batallas políticas. Incluso en nuestra Latinoamérica insumisa, donde se han desarrollado multiformes y ricas experiencias político-organizativas, las clases trabajadoras están lejos de contar con organizaciones en condiciones de afrontar las luchas que impone esta fase del capitalismo. Con el agregado de que los gobiernos “progresistas” que se declaran antineoliberales, alientan sistemáticamente la engañosa ilusión del retorno de algún tipo de Estado benefactor. Contra estas políticas burguesas no valen los clisés y estrategias copiadas (generalmente, mal) de pasadas revoluciones. Un genuino proyecto de cambio social y la construcción de una estrategia capaz de contribuir a su realización poco tienen que ver con el consignismo repetitivo y la mera afirmación de que se quiere el socialismo. Por el contrario, es digna de atención la hipótesis que Harvey llama *teoría correvolucionaria*. Veamos en primer lugar el panorama analítico que nos presenta este autor:

El cambio social se lleva a cabo en un despliegue dialéctico de relaciones entre siete momentos internos en el cuerpo político del capitalismo entendido como

conjunto, o ensamblaje, de actividades y de prácticas: (a) las formas tecnológicas y organizativas de producción, intercambio y consumo; (b) las relaciones con la naturaleza; (c) las relaciones sociales entre las personas; (d) las concepciones mentales del mundo, reagrupando saberes y niveles de interpretaciones culturales y de creencias; (e) procesos de trabajo y de producción de bienes específicos, geografías, servicios o afectos; (f) agencias institucionales, legales y gubernamentales; (g) el encuadramiento de la vida cotidiana que sostiene la reproducción social (Harvey, 2010: s/p).

Recuperando y actualizando con este análisis el marxiano concepto de totalidad, se pasa a reflexionar, dialécticamente, sobre lo que debería proponerse una política anticapitalista:

Cada uno de estos momentos tiene su propia dinámica y es portador de tensiones y contradicciones internas (basta con pensar en las representaciones mentales del mundo), pero todos son co-dependientes y co-evolucionan en interacción los unos sobre los otros [...] Un movimiento político anticapitalista puede comenzar dondequiera, en el proceso de trabajo, en las concepciones mentales, en la relación con la naturaleza, en las relaciones sociales, en la elaboración de tecnologías y de formas organizativas revolucionarias, partiendo de la vida cotidiana o en los intentos de reformar estructuras institucionales y administrativas, incluyendo la reconfiguración de los poderes del Estado. Lo importante es asegurar que el movimiento político circule de un momento al otro en una dinámica de reforzamiento mutuo [...] El cambio se produce, desde luego, a partir de determinados estados de cosas y hay que saber utilizar las

posibilidades inmanentes a la situación existente [...] las más diversas experimentaciones de cambio social, en distintos lugares y a distintas escalas geográficas, representan maneras posibles y a la vez potencialmente instructivas de crear (o no) otro mundo posible. Y en cada caso podrá parecer que uno u otro aspecto de la situación existente representa la clave de un futuro político distinto. Pero la primera regla de un movimiento anticapitalista global debe ser: no contar nunca con el despliegue dinámico de un momento determinado (a, b, c, ...) sin medir cuidadosamente la manera como se adapta y resuena la interacción con todos los demás (í.d.).

Yo diría que las agudas indicaciones de David Harvey constituyen una bienvenida incitación a reivindicar y recuperar la capacidad política de *pensar y de actuar estratégicamente*: a escala nacional, sin duda, pero también en el más amplio terreno de la lucha de clases que se despliega en Nuestra América, e internacionalmente.

## *Transición socialista y autoemancipación*

Luego de dos o tres décadas durante las cuales la reflexión política y teórica sobre el socialismo languideció hasta casi desaparecer, existe un renovado interés por la cuestión, como lo atestiguan las publicaciones y libros que dedican muchas páginas al tema. Pero lo más significativo e importante es que, al menos en nuestro continente, la militancia de los movimientos sociales y políticos que chocan contra el orden establecido discute cómo articular luchas cotidianas con el desafío radical al sistema imperante. Y si bien algunos de los gobiernos que se dicen o son llamados progresistas han roto, no solo en los hechos, sino también en sus discursos con el socialismo,<sup>1</sup> las enfáticas y repetidas declaraciones en las que el presidente Hugo Chávez sostiene que, con el capitalismo, ninguno de nuestros problemas tendrá solución, y es

---

<sup>1</sup> Es lo ocurrido con los gobiernos del PT y los del Frente Amplio, para no hablar ya de la Concertación chilena o los Kirchner, que asumieron declarándose partidarios de un capitalismo “productivo” y “normal”.

imperioso pensar y luchar por el socialismo del siglo XXI, han instalado esta cuestión a nivel de masas, y no solo en Venezuela.

## Repensando el socialismo

Para avanzar en esta elaboración, el recurso a los libros clásicos y el estudio atento de la experiencia histórica son imprescindibles, pero de ninguna manera suficientes, porque las condiciones son marcadamente diferentes. En los albores del siglo XX, los marxistas más agudos e innovadores (Rosa Luxemburg, Vladimir Lenin, León Trotsky, para mencionar tres nombres canónicos) supieron reconocer la *actualidad de la revolución* y hacer aportes políticos y teóricos a partir de este reconocimiento. La ola revolucionaria que siguió a la Primera Guerra Mundial, y el jalón histórico que representó la victoria de los *soviets* o consejos obreros en Rusia, daban el marco para que el congreso de fundación de la Tercera Internacional Comunista afirmara que

la revolución internacional mundial comienza y crece en todos los países [...] todo esto prueba que la forma revolucionaria de la dictadura proletaria ha sido hallada y que el proletariado está en camino de ejercer su dominación en los hechos [...] la victoria de la revolución proletaria está asegurada en todo el mundo: la constitución de la República soviética internacional está en marcha (Lenin 1973: 65, 119).

En aquel entonces, sin demasiada precisión, la palabra *socialismo* se aplicaba al período que se extendería desde el derrocamiento político del capi-

tal y su Estado hasta llegar al *comunismo*, y fue por ello que el nuevo poder terminó adoptando el nombre de Unión de Repúblicas Socialistas. Pero la realidad planteó muy pronto problemas imprevistos y complejos. Por eso, ya en 1922 decía Lenin que, si bien Rusia podía ser llamada socialista porque ese era el objetivo del poder soviético, estaba muy lejos de haber llegado al socialismo, y advirtió:

No, aún no hemos puesto los fundamentos socialistas. Los comunistas que imaginan que disponemos de esas bases están profundamente equivocados. La esencia del problema consiste en saber separar de manera firme, clara y serena lo que constituye el merito histórico de la revolución rusa, de lo que hacemos muy mal, de lo que aún no está creado y de lo que habrá que rehacer muchas veces todavía (Lenin, 1960: 276).

De hecho, en el curso de muy pocos años el dirigente bolchevique debió modificar sustancial y radicalmente muchas de sus concepciones. Quien en 1919 había proclamado desafiante y confiado que

la organización soviética del Estado puede cortar de un golpe y destruir definitivamente el viejo aparato burgués, administrativo y judicial que se ha conservado y que debía conservarse inevitablemente bajo el capitalismo [...] llamando a las organizaciones de las masas trabajadoras a participar real y obligatoriamente en el gobierno, comienza desde entonces a preparar la desaparición completa de todo gobierno (Lenin, 1973:74),

apenas dos años después, reconoció con preocupación que “el vehículo [el Estado soviético] no marcha en la

dirección que supone quien está sentado al volante, y muy a menudo [lo hace] en otra completamente diferente” (Lenin, 1960: 256). Por eso, en búsqueda de soluciones prácticas, no solo propuso explorar otras formas económicas (“fortalecer un intercambio basado en la cooperación, en el cual *deben participar en forma efectiva las auténticas masas de la población*”) sino que escribió con estremecedora sinceridad:

nos vemos obligados a reconocer que se ha producido un cambio radical en todos nuestros puntos de vista sobre el socialismo. Este cambio radical consiste en que antes nuestro objetivo fundamental era y así debía ser, la lucha política, la revolución, la conquista del poder, etc. Mientras que ahora el centro de gravedad cambia hasta desplazarse hacia la organización pacífica del trabajo ‘cultural’ [...] en realidad el centro de gravedad del trabajo se reduce hoy a la labor de educación (Lenin 1960b: 436).

Pero las advertencias de Lenin fueron desoídas y silenciadas. La burocracia encaramada en el poder consolidó sus posiciones, recurriendo tanto a la represión desenfundada como al voluntarismo y al más irresponsable exitismo. Pocos años después, Stalin se atrevió a decretar “la victoria completa del sistema socialista en todas las esferas de la economía nacional” (Stalin: s/n) en la URSS e impuso a todo el movimiento comunista internacional la “teoría” del “socialismo en un solo país”. Fue Trotsky quien más sistemáticamente la refutó reafirmando (en pleno acuerdo con la concepción marxiana, compartida también por Lenin y Rosa Luxemburg) *el carácter necesariamente internacional de la revolución socialista*. Y si bien puede criticarse al antiguo conductor del

Ejército Rojo cierta tendencia a identificar el legado de la Revolución de Octubre con la subsistencia de la economía estatizada, es justo reconocerle la valentía y lucidez de advertir que aquello no era socialismo. Tuvo también el mérito de recuperar la categoría de *transición* para interpretar lo que ocurría en la URSS:

Calificar de transitorio o intermediario al régimen soviético, es descartar las categorías sociales acabadas como el *capitalismo* (incluyendo al “capitalismo de Estado”) y el *socialismo*. Pero esta definición es, en sí misma, insuficiente y susceptible de sugerir la idea falsa de que la única transición posible al régimen soviético conduce al socialismo. Sin embargo, un retroceso al capitalismo sigue siendo perfectamente posible (Trotsky, s/f: 223).

## El socialismo que no fue

Hoy resulta evidente que, en aquellos Estados que se presentaban como el socialismo realmente existente, lo que en realidad existía no era socialismo. Tras repasar las discusiones que se dieron sobre esta cuestión, Claudio Katz se inclina por descartar definiciones como las de “capitalismo de Estado” o la de “Estados obreros burocratizados”. Propone en su lugar el término de “formaciones económico-sociales burocráticas”, al analizar que en ellas hubo relaciones de explotación, la burocracia adquirió “el estatus de capa explotadora” y aquellos Estados (a los cuales los trotskistas insistíamos en denominar *obreros*) sirvieron a las burocracias incluso cuando se lanzaron a impulsar abiertamente la restauración del capitalismo (cf. Katz, 2004: 51-100). Coincido en líneas generales

con este enfoque, y no creo que el tema de la naturaleza de clase de tales Estados dé para mucho más.<sup>2</sup> Lo que importa en todo caso es que, para comprender los conflictos y antagonismos sociales que se desarrollaron en el llamado “mundo comunista”, no bastan las referencias al totalitarismo del régimen político, a las “normas burguesas de distribución” agravadas por la corrupción, o al estatuto *sui generis* logrado por la burocracia gobernante. En una obra casi desconocida en castellano e injustamente silenciada,<sup>3</sup> Pierre Naville había demostrado la inconsistencia teórica y empírica de los economistas que se plegaban a la difundida idea de que, con la conformación de la URSS y el “campo socialista”, habían pasado a existir dos sistemas económicos mundiales

---

<sup>2</sup> Hace ya varios años, cuando escribía con el pseudónimo Andrés Romero, utilicé la expresión “Estados burocráticos” caracterizándolos como un “*subsistema* burocrático-explotador, integrado (no sin conflictos) en la economía mundial capitalista, que no representaba una plataforma para la transformación socialista y que había agotado sus posibilidades de reproducción” (Romero, 1996: 94), pero la cuestión terminológica resulta secundaria: lo que importa es avanzar en un riguroso balance crítico de las políticas implementadas por los regímenes de tipo soviético.

<sup>3</sup> A lo largo de varios años y bajo el título general *Le Nouveau Leviathan* se publicaron *De l'alienation à la jouissance. La genèse de la sociologie du travail chez Marx et Engels* (1970), *Le salaire socialiste. Les rapports de production* (1970), *Le salaire socialiste. Sur l'histoire moderne des theories de la valeur et de la plus-value* (1970), *Les échanges socialistes* (1974), *Bureaucratie et révolution* (1972). Finalmente, *Sociologie et logique. Esquisse d'une théorie des relations* (1982), fue presentado por el autor como conclusión de los análisis desarrollados en *Le Nouveau Leviathan* y apertura de un nuevo campo de investigaciones.

con “leyes” básicamente inconmensurables.<sup>4</sup> Y esgrimía como argumento incontestable la subsistencia del trabajo asalariado, que no cambiaba de naturaleza porque las autoridades pasaran a denominarlo “salario socialista”. Marcando cambios y continuidades escribió:

La mercancía en la economía de los capitalistas devino fetiche: se la reverencia como materialización de relaciones sociales de intercambio. En el socialismo de Estado, trabajo y salario pasan a ser a su vez un verdadero fetiche con la forma etérea de una función, una función-fetiche institucionalizada. No surge espontáneamente de las relaciones sociales de intercambio de valores materializada en la circulación de mercancías, tal como en las relaciones capitalistas. Crece como dogma de una filosofía de Estado, difundida e impuesta por una clerecía burocrática: la religión del trabajo. El ciudadano adorador de la mercancía, es decir del trabajo de los otros, es sustituido por el trabajador que se arrodilla ante su propio trabajo. La burguesía oculta la explotación del trabajo tras el destello fascinante de los productos mercantiles y la fantástica danza de los precios. La burocracia de la planificación estatal, por su parte, disimula las relaciones de explotación mutua y parasitismo propias del socialismo de Estado detrás de los fantasmas del salario “socialista”: recompensa del trabajo, honor social, orgullo patriótico, galardón de los buenos

---

<sup>4</sup> Eso fue lo que “teorizó” Stalin y repitieron los *Manuales* de los economistas soviéticos. Pero confusiones similares están presentes en la obra de marxistas influyentes como Bettelheim, Baran o Sweezy. Incluso Ernest Mandel sostuvo la visión dualista en su difundido *Tratado de Economía Marxista*.

servidores. El trabajo deja constitucionalmente de ser una carga. No encierra ningún antagonismo. Se presenta con la pureza de un principio organizador de la justicia social, un símbolo de la armonía económica; pasó a ser un fetiche racionalista. [...] Al fetichizar el trabajo puro, Stalin y su escuela hicieron lo mismo que la burguesía: con golpes de *nagai-ka* alejaron a los trabajadores soviéticos de la crítica de las relaciones sociales en que viven. Ellos mistificaron al trabajo tal como la burguesía había mistificado al capital, y por las mismas razones: porque el trabajo vivo es la fuente real del valor (de cambio y de *utilización*) y el trabajador, incluso sometido a la explotación mutua en un Estado sin capitalistas privados, no debía aprender a criticar el modo de producción en el seno del cual producía y seguía siendo explotado (Naville, 1970: 34, 42).

István Mészáros, en una obra bastante posterior a la del sociólogo francés, dio continuidad y enriqueció a la crítica radical del *orden del capital*, integrando a la misma no solamente el examen crítico del “socialismo en un solo país”, de matriz stalinista, sino también la inconsistencia de la desestalinización burocrática y de las “reformas” impulsadas por Gorbachov, y del colapso del “socialismo real”. Su conclusión es inequívoca: la expropiación de las antiguas clases poseedoras no basta para eliminar la impronta del *orden del capital* con el que se pretende romper. La remoción de los capitalistas (*personificación* del capital, según dijera Marx) no fue acompañada por una revolución de “la *dinámica interna* del proceso de reproducción social”, los trabajadores no recuperaron “*el comando sobre el trabajo*” y, por lo tanto, surgieron “nuevas formas de personificación necesaria para

mantener al trabajo renuente bajo el control de una ‘voluntad ajena’” (Mészáros, 2001: 711).

Lo que —más allá de diferencias— las investigaciones de Naville y Mészáros sostienen es, en síntesis, que en estas sociedades (que algunos llaman *poscapitalistas* y otros preferimos denominar *posrevolucionarias*), se mantuvo y desarrolló la explotación (bajo nuevas formas) porque, pese a que las expropiaciones y la estatización de las palancas fundamentales de la economía eliminaran el poder de los antiguos poseedores privados, faltó una orientación política que articulara firmeza estratégica y mediaciones prácticas enfocadas a la superación de la *relación-capital* heredada y reproducida incluso en la industria estatizada, de modo tal que *el trabajo siguió sometido al comando de una voluntad ajena*. Se terminó con los capitalistas privados en cuanto personificaciones del capital, pero la subsistencia de la división social jerárquica del trabajo y del complejo sistema de metabolismo social heredado impulsó una nueva *personificación* burocrática del capital. Esa es una de las principales razones por las cuales en las sociedades del “socialismo real” subsistieron o reaparecieron, bajo formas imprevistas, *el fetichismo, la división social jerárquica del trabajo y el salario*.

## Una teoría de la transición

De todo esto se desprenden lecciones que es preciso asimilar, para estar en mejores condiciones de lograr que el socialismo del siglo XXI supere los frustrados ensayos del pasado. Pero la tarea no es sencilla, por cuanto hay lecciones difíciles de compatibilizar

entre sí. La experiencia mostró, por un lado, que el pasaje a una sociedad liberada de toda forma de explotación no es instantáneo, ni es posible esperar que sea acometido al mismo tiempo por los trabajadores de los diversos países. Por otro lado, el fracaso absoluto de la teoría del socialismo en un solo país confirma la concepción marxiana de que la transformación socialista implica subvertir los tres pilares del viejo sistema (capital, trabajo y Estado), lo que solo puede culminar a nivel internacional y con el aporte activo de los trabajadores del mundo.

Atendiendo a esta doble lección y a las dificultades que plantea compatibilizarlas, István Mészáros sostiene que, para estar a la altura de los desafíos que implica luchar por el socialismo del siglo XXI, es impostergable desarrollar una *teoría de la transición*. Más aún, afirma que “para convertir al proyecto socialista en una *realidad irreversible* tenemos que efectuar muchas ‘*transiciones dentro de la transición*’, al igual que, bajo otro aspecto el socialismo se define como una constante auto-renovación de ‘*revoluciones dentro de la revolución*’” (Mészáros, 2001: 563).

El punto tiene su importancia, porque la crítica al capitalismo y la batalla por el socialismo nada ganan con cierto tipo de pensamiento mágico que, recientemente, se ha dedicado a difundir la idea de algo así como un “comunismo al alcance de la mano”. Lo que es una pura expresión de deseos o, peor aún, una peligrosa recaída en la ilusión de que la marcha misma del capitalismo nos acercará al momento de la alternativa comunista. Se requiere de una teoría de la transición, también, para despejar otros equívocos de aparición (o reaparición) reciente, tanto los

que proponen “mejorar” al capitalismo adoptando tal o cual modelo de “economía mixta” con mayores mecanismos redistributivos, como los que insisten en la supuesta panacea del “socialismo de mercado” y reaparecen ahora, no solo como el oxímoron con que la burocracia “comunista” denomina la plena reinserción de China en el capitalismo mundial, sino como modelo que algunos recomiendan también para Cuba. Por todo esto es imperioso discutir el problema de la transición.

Marx y Engels se burlaron muchas veces de las pretensiones de anticipar detalles de lo que podrían ser, en un futuro más o menos lejano, el socialismo o el comunismo. Y no se preocuparon tampoco por definirlos. Lo que importaba para ellos, ante todo, era la negación del capitalismo; o sea, el movimiento práctico de lucha de clases que, suponían, afirmaría su propia identidad *comunista* a través de un complejo proceso revolucionario en el que los trabajadores transformarían radicalmente la sociedad, rehaciéndose a sí mismos. Pero fueron poco explícitos, por lo que dieron lugar a diversas interpretaciones. Por ejemplo:

El programa comunista propugna disolver lentamente el mercado para diluir en este mismo proceso los efectos fetichistas de la dominación clasista. El socialismo comenzaría socavando los pilares inmediatos de esta opresión (propiedad capitalista y aparato burgués del Estado), mientras que el comunismo permitiría eliminar por completo esos cimientos, al erradicar la división social del trabajo y anular paulatinamente todos los dispositivos de la alineación mercantil que sofocan la libertad de los individuos (Katz, 1974: 40)

En cuanto a la cuestión de la “transición al socialismo”, el mismo Claudio Katz dice que

Esa etapa resulta indispensable para lograr el plafond mínimo de desenvolvimiento productivo que requiere el debut del socialismo [...]. La función de esa etapa sería crear las premisas económicas (productividad, eficiencia, integración sectorial) y sociales (disponibilidad de bienes de consumo, alivio laboral, mejora educativa) indispensables para el inicio de un rumbo socialista. Durante esa fase hay que completar la inacabada modernización de las naciones semiindustrializadas sin dar la espalda al mercado mundial, promoviendo a las fuerzas sociales que pueden instrumentar estos cambios (ibíd.: 43).

### El problema de las “etapas”

Coincidiendo, no solo con el diagnóstico acerca de la importancia y urgencia que posee, según Claudio Katz, abordar estas cuestiones, sino también con gran parte de los análisis y valoraciones de su libro, quiero aportar algunas observaciones de forma y de contenido. Estimo que la concepción de que el socialismo constituiría una etapa más o menos claramente delimitada en el camino hacia el comunismo, no deja de plantear problemas. El término “etapa” remite a la idea de *períodos históricos* delimitados y caracterizados por una determinada combinación de tareas y relaciones sociales. Por tanto, la proyección de una “etapa socialista” sugiere que, luego del capitalismo, pero antes del comunismo, se insertaría el socialismo concebido como una forma socioeconómica relativamente autónoma y estable.

Quien así lo teorizó fue Kautsky, tal vez sin advertir que, pasando a considerar el socialismo como un *modo de producción*, introducía un corte radical y un presupuesto ordenamiento en aquello que la reflexión marxiana habían pensado, más bien, como un tumultuoso pasaje desde el capitalismo hasta la sociedad sin clases. Pasar a pensar la marcha hacia la sociedad sin clases en términos de “modo de producción socialista” conlleva la acotada idea de socialización *divorciada* del comunismo, de una etapa orientada a la satisfacción de un conjunto de necesidades sociales más o menos bien definidas (¿cuando y por quién?), que relega el comunismo al lugar de “objetivo final”. Así, Kautsky inaugura una perspectiva estratégica que concibe la *socialización de las fuerzas productivas*, a través de su traspaso a instituciones estatales, en paralelo a una reorganización política que se supone la *socialización de la fuerza de trabajo* (Kautsky, 1976a y 1976b).

Por una vía imprevista, algunos aspectos de esta revisión fueron retomados y aplicados con el puño de hierro de Stalin. La “teoría” del “socialismo en un solo país” y la vulgata “marxista-leninista” difundida con todo el peso del aparato del “movimiento comunista internacional” impusieron durante décadas la concepción de que socialismo era estatización de los medios de producción, desarrollo a toda costa de la industria pesada y las fuerzas productivas en general, fortalecimiento del Estado y fetichismo del “trabajo socialista”, con los nefastos resultados que se han visto.

Me parece asimismo que los inconvenientes del concepto de etapa socialista se multiplican cuando se agregan subdivisiones que distinguen entre una *etapa*

*inferior del socialismo* y una *etapa superior del socialismo*, precedidas ambas por la que sería la *etapa de transición al socialismo*. Esto plantea una dificultad que, en lógica, se denomina riesgo de *regresión al infinito*: a cada etapa puede anteponerse otra, y otra más, hasta nunca acabar. Pero la regresión etapista no plantea tanto un problema lógico como una dificultad política, en tanto que el afán por definir y delimitar etapas o subetapas aleja la atención de lo realmente importante: instituir procesos y mecanismos que, a lo largo de todo un período de continuas transformaciones, contribuyan a preservar e impulsar *la permanencia* del proceso revolucionario. Me parece que recurrir a una concepción etapista para teorizar la transformación de las sociedades posrevolucionarias resulta aún más artificial que aquel modelo de revolución por etapas que, durante décadas, propusieron y pregonaron, con nefastos resultados, los Partidos Comunistas. León Trotsky no se equivocaba cuando escribió que

La conquista del poder por el proletariado no significa el coronamiento de la revolución, sino simplemente su iniciación. La edificación socialista solo se concibe sobre la base de la lucha de clases a nivel nacional e internacional [...]. En esto consiste el carácter permanente de la revolución socialista como tal, independientemente de que se trate de un país atrasado, que haya realizado ayer todavía su revolución democrática, o de un viejo país capitalista que haya pasado por una larga época de democracia y parlamentarismo (Trotsky, 1972:131).

Por todo lo dicho, creo que nos ahorraríamos confusiones y disputas terminológicas considerando todo

el período que se extiende desde la revolución anti-capitalista hasta el comunismo, bajo la denominación común de *transición socialista* o *transición* a secas, sin que ello impida analizar casos y momentos específicos, introduciendo las relaciones histórico-concretas que los determinan y condicionan. Más que simplificar un embrollo terminológico, se trata de subrayar el carácter procesual, permanente o interrumpido de la revolución, destacando en particular que, por diversos que sean sus puntos de partida y desarrollo, los distintos casos, momentos y condiciones de la transición socialista están articulados por la necesidad de *ir más allá del capital*, y mantener una perspectiva *internacionalista*.

## Principios, estrategia y mediaciones

Teniendo muy presente la crítica que Marx hiciera a los dirigentes del Partido Socialista Obrero de Alemania por haber olvidado que “no se admitía ningún chalaneo con los principios” (Marx, 1971a: 10), he tratado de recuperar, a lo largo de estas páginas, algunas de las indicaciones que pueden considerarse de principios. Quiero detenerme ahora en una de ellas, tan decisiva como ignorada, apuntada a la necesidad de superar la regulación de la economía mediante la llamada ley del valor. Marx pensaba que, en una sociedad emancipada o *sistema comunal*, la economía del tiempo de trabajo operaría bajo formas cualitativamente diferentes, independizándose del *valor de cambio*. En los *Grundrisse*, destacó la sustancial diferencia que existiría entre la economía capitalista, regulada por el dinero y la ley del valor, y lo que podría ser la

nueva forma social, y escribió algunos párrafos que no son de no fácil lectura (recordemos que los escribía para él mismo, no para su publicación), pero que, a pesar de ello, por su importancia, merecen ser citados *in extenso*:

El carácter colectivo de la producción convertiría al producto desde un principio en un producto colectivo, universal. El cambio que se realiza originariamente en la producción —el cual no sería un cambio de valores de cambio, sino de actividades determinadas por necesidades colectivas, por fines colectivos— incluiría desde el principio la participación del individuo en el mundo colectivo de los productos. [...] Sobre esta base el trabajo sería *puesto* como tal anteriormente al cambio; o sea el cambio de los productos no sería en general el *medium* que mediaría la participación del individuo en la producción general. [...] El trabajo del individuo es puesto desde el inicio como trabajo social. [...] Su producto no es *un valor de cambio*. [...] En lugar de una división del trabajo, que se genera necesariamente en el cambio de valores de cambio, se tendrá una organización del trabajo que tiene como consecuencia la porción que corresponde al individuo en el consumo colectivo. [...] *el carácter social de la producción* es presupuesto, y la participación en el mundo de los productos, en el consumo, no es mediada por el cambio de productos de trabajo o de trabajos recíprocamente independiente. Es mediado por las condiciones sociales de la producción dentro de las cuales acciona el individuo. [...] Una vez supuesta la *producción comunal*,<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> Donde Pedro Scaron tradujo “producción colectiva”, tanto Naville como Mészáros prefirieron “producción *comunal*”, explicando que Marx no alude a una *Produktion* genéricamente ge-

la determinación del tiempo, como es obvio, pasa a ser esencial. [...] Economía del tiempo y repartición planificada del tiempo del trabajo entre las distintas ramas de la producción resultan siempre la primera ley económica sobre la base de la *producción comunal*. Incluso vale como ley en mucho más alto grado. Sin embargo, esto es esencialmente distinto de la medida de los valores de cambio (trabajos o productos del trabajo) mediante el tiempo de trabajo. Los trabajos de los individuos en una misma rama y los diferentes tipos de trabajo varían no solo cuantitativamente sino también cualitativamente (Marx, 1971a: 99-101).

La cita nos recuerda que la regulación cuantitativa de la producción y distribución mediante la ley del valor no es eterna ni insuperable, y que para terminar con el orden del capital es preciso avanzar hacia un *nuevo modo histórico de mediación*, tanto en el intercambio metabólico de la humanidad con la naturaleza, como en las actividades productivas autodeterminadas por los individuos sociales. Tenemos aquí, entiendo, un principio u orientación principista imprescindible para ir *más allá del capital*.

István Mészáros destaca que

Naturalmente, todo esto no constituye materia de interés puramente teórico abstracto. Por el contrario, lo que aquí está sobre el tapete constituye el principio orientador prácticamente vital de las estrategias

---

*sellschaftliche*, sino *gemeinschaftliche* vale decir, específica/cooperativamente social. De igual modo, “consumo *comunal*” (*gemeinschaftliche Komsuntion*) sugiere que no es ni abstractamente colectivista ni individualistamente orientada por el valor.

que apuntan a una reestructuración radical del proceso del trabajo establecido y sus relaciones de intercambio. El punto central en discusión concierne a las necesarias formas de *mediación* a través de las cuales la división estructural del trabajo podría ceder paso al modo de producción *directamente social* de la “forma histórica nueva”. En otras palabras, le interesa fijar los *parámetros* y la *dirección* en que la actividad de vida conscientemente autocontrolada de los individuos sociales “en lugar de una división del trabajo” (cuyos imperativos materiales les son impuestos sin más ni más a los sujetos trabajadores particulares), pudiese ser integrada en una totalidad a la vez productivamente viable y humanamente satisfactoria (Mészáros, 2001: 864, 886)

Rescatado así el valor general de los jalones y principios orientadores poblados por Marx, el estudioso húngaro agrega que establecido esto

Lo que se necesita es una indicación precisa de al menos el *tipo* de acción —expresada con toda claridad en el nivel de las prácticas productivas materiales pertinentes y con respecto a las formas institucionales/organizacionales del intercambio humano— mediante la cual el modo comunal de reproducción social puede realmente demostrar su viabilidad como alternativa práctica al existente. Dicho de otro modo, los principios orientadores no pueden simplemente proclamar (en forma de una negación categórica) las previstas condiciones futuras de la producción y el consumo comunales como la *contraimagen ideal del presente*, independientemente de lo agudas que resulten ser las contradicciones y los síntomas de crisis de este. Porque el otro lado de esta ecuación —es decir, la *esencia positiva*

de la negación socialista de la socialidad “post festum” – solo puede volverse creíble si se le hace tangible en términos de las mediaciones materiales realmente factibles entre las construcciones del presente y las potencialidades del futuro. Mediaciones materiales, es decir, lo bastante concretas y adaptables como para ser utilizadas por las agencias emancipatorio sociales como el marco estratégico reglamentado pero flexible para la elaboración de su programa de acción históricamente específicos (ibíd.: 867).

Otra cuestión planteada es la del *tempo* y las especificidades que puede tener el proceso del cambio social en Nuestra América. Claudio Katz sostiene que es conveniente prepararse para lo que llama “transición larga”, especialmente en la periferia subdesarrollada: “Mantener la hipótesis de una “breve transición de 40 o 50 años” equivale a cerrar los ojos frente al rumbo que siguieron los acontecimientos en el último siglo y medio [...]. Partiendo de esta perspectiva se torna importante reflexionar sobre la “transición larga” en estas zonas” (Katz, 2004:128).

Coincido plenamente con Claudio Katz en la importancia de advertir que la revolución no será un acto, sino un proceso prolongado y complejo, tal y como advirtieran con especial empeño Rosa Luxemburg y Antonio Gramsci. Pero creo que este reconocimiento del carácter *procesual* de la revolución debe integrar *también* la caracterización de que hemos ingresado a un período en que el capitalismo plantea amenazas inmediatas y crecientes a las posibilidades de supervivencia de la humanidad y la naturaleza. Creo sensato reiterar aquí la advertencia de que la reproducción expansiva y destructiva del capital nos

ha sumergido en una crisis sistémica que es también una crisis sin precedentes de la humanidad, al punto que *enfrentar esta crisis es parte decisiva del combate por el socialismo y el comunismo*. Esto hace a la *actualidad de la revolución* y no se puede pensar el porvenir del socialismo fuera de ella. Y es válido para cualquier punto del planeta:

El fracaso de la “modernización” en el “Tercer Mundo”, la reaparición del espectro de antagonismos explosivos en el “Primer Mundo” junto con la alta probabilidad de que algún enorme desastre paralice las arterias financieras del “capitalismo avanzado” dentro de no demasiado tiempo, y el desplome de casi todas las sociedades poscapitalistas; todas esas circunstancias sacan a luz la desengañadora verdad de que no existen soluciones *por separado* para los problemas [y, por lo tanto, debemos] atacar los problemas y contradicciones de los tres sistemas, en el espíritu del proyecto socialista original [...] cuya validez no está atada a una coyuntura sociohistórica limitada. Por eso en principio es completamente irrelevante establecer si llevará un tiempo muy largo recorrer el necesario pasaje hacia el socialismo —y no en un solo país, ni siquiera en una docena o más, sino *irreversiblemente* para *toda* la humanidad— o solo unas pocas décadas (Mészáros, 2001: 866-867).

Evidentemente, el atraso relativo y el contexto internacional en que un determinado país emprenda la transición socialista son factores que no pueden ignorarse; pero abordar las dificultades derivadas del subdesarrollo como si constituyeran un momento o capítulo que deba ser tratado como algo diferenciado del desafío que implica la transición *en general* no

deja de tener inconvenientes. Como apunta el autor que venimos citando:

El atraso económico constituye solo uno de los muchos obstáculos que se deben superar en el camino hacia la “nueva sociedad”, y de ninguna manera es el mayor [...]. Resultaría tranquilizador pensar, como algunos por cierto han sugerido, que cuando los países del capitalismo avanzado tomen el rumbo de la transformación socialista el viaje será fácil. Sin embargo, esas proyecciones optimistas en general olvidan que lo que está en juego es un fenomenal salto desde el dominio del capital hasta un modo de control metabólico social *cualitativamente* diferente. Y en este sentido el hecho de estar atados a las prácticas reproductivas y distributivas del “capitalismo avanzado” por una red de determinaciones estructurales más perfeccionada constituye una muy dudosa ventaja (Mészáros, 2010: 564).

Por otra parte, cuando se trata de pensar los desafíos específicos de la transición en Nuestra América, conviene precaverse de formulaciones de tinte *desarrollista o modernizante*. Viene al caso recordar esta advertencia del Che:

Se corre el peligro de que los árboles impidan ver el bosque. Persiguiendo la quimera de realizar el socialismo con la ayuda de las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés material individual como palanca, etcétera), se puede llegar a un callejón sin salida. Y se arriba allí tras de recorrer una larga distancia en la que los caminos se entrecruzan muchas veces y donde es difícil percibir el momento en que se equivocó la ruta. Entre tanto, la base económica

adaptada ha hecho su trabajo de zapa sobre el desarrollo de la conciencia. Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo (Guevara, 1977: 7)

Conviene tener presente, por otra parte, que el enfoque centrado en el desarrollo tiene puntos ciegos que invisibilizan aspectos de la realidad. Los movimientos ambientalistas y los pueblos originarios denuncian con mucha fuerza que algunos de los puntos ciegos del desarrollismo son la ignorancia o subestimación de las restricciones ambientales, el desdén por la defensa de los bienes comunes y la negativa a pensar la economía en términos de sustentabilidad y economización de recursos. También se invisibilizan o distorsionan los antagonismos y conflictos sociales cuando unilateralmente se carga contra *la herencia del subdesarrollo*, ignorando que la misma está ligada a otra más pesada aún: *la herencia de la división social jerárquica del trabajo*. Dicho de otra manera, considero que las “urgencias” y “prioridades” económicas de la transición en la región no deben ser planteadas de tal manera que se deje de lado o se relegue al dudoso estatus de “objetivo final” toda la problemática relativa al cambio social y la superación de la división social jerárquica del trabajo. Resultaría equivocado postular un orden de prioridades según el cual primero habría que aumentar la producción, mejorar luego la distribución y recién al final discutir *qué cosas y cómo* se producen. Por el contrario: desde el comienzo debemos empeñarnos en producir de otro modo, producir otras cosas y encontrar las mediaciones que permitan a los productores mismos articular su trabajo con las necesidades sociales. Existen sin duda infinidad de problemas específi-

cos que no sabemos cómo resolver, pero esto es inevitable en la medida que las respuestas “correctas” no existen *a priori*. Como bien lo afirma François Chesnais, glosando una frase de Isabelle Stengers:

Frente a un determinado problema [...] será la capacidad de fabricar colectivamente respuestas lo que determinará su calidad. “Una respuesta no es reductible a la simple expresión de una convicción. Debe ser fabricada”. Esta es precisamente la tarea. Se trata de liberar el potencial de experimentación colectiva de los asalariados-ciudadanos, sea cual fuere la estructura (asociación, agrupamiento aún más informal o partido) en los cuales hayan decidido comprometerse y a ayudar en “la fabricación de una convicción colectiva” referidos a la necesidad y a la posible realización de objetivos cuya concreción planteará efectivamente la cuestión del poder, que *no puede ser evitada* (Chesnais, 2009: 29).

En un sentido análogo otro investigador-militante ha sostenido que

En cualquier movimiento de transición debe haber un conjunto de objetivos comunes que vayan creando consenso. Pueden enunciarse algunas normas directrices. Podrían incluir (avanzo estas propuestas a título de contribución a la discusión) el respeto a la naturaleza, el igualitarismo radical en las relaciones sociales, configuraciones institucionales basadas en un principio de intereses comunes y de propiedad común, procedimientos administrativos democráticos (por oposición a las imposturas monetizadas que hoy día tienen curso legal), procesos de trabajo gestionados por los propios productores directos, una vida cotidiana como exploración libre de nuevos tipos de

relaciones sociales y de la forma de disponer de la propia vida, concepciones mentales centradas en la realización de uno mismo al servicio de los demás, e innovaciones tecnológicas y organizativas orientadas a la consecución del bien común y no al apoyo al poder militarizado, a la vigilancia y a la rapacidad empresarial. Estos podrían ser los ejes co-revolucionarios en torno a los cuales podría converger y articularse la intervención social. Es utópico, por supuesto. ¿Y qué? Nosotros no podemos permitirnos no serlo (Harvey, 2010: s/p)

Efectivamente, no podemos dejar de ser utópicos. Tampoco debemos dejar de ser realistas. Porque creo, y con esto termino, que *el socialismo desde abajo* —entendido como una *perspectiva o realidad en devenir* y no como un modelo social a imponer— nos compromete en una “larga marcha” durante la cual deberemos empeñarnos en articular *utopía* y *realismo* de una manera doblemente original. Un *realismo* que —en las antípodas del posibilismo y el “inmediatismo”— pueda orientarnos estratégicamente en el prolongado combate que será necesario librar hasta imponer un cambio general en la correlación de fuerzas y obtener victorias irreversibles contra el capital. Y una *utopía* que no es tanto la promesa de una futura e indeterminada felicidad, sino la *esperanza* imprescindible para afrontar cotidianamente las tareas inmediatas con la capacidad de “soñar con los ojos abiertos” y aprovechar cada fisura o grieta del sistema para contribuir a la *autoactividad* y *autotransformación* de los desposeídos, apostando con ellos, siempre, a *cambiar la vida* y a *tomar el cielo por asalto*.

# Bibliografía

- Acha, Omar, “El marxismo de derecha: elementos para su definición y crítica” en *Herramienta* 37 (marzo de 2008), pp. 133-147.
- Antunes, Ricardo, *O caracol e sua concha. Esaios sobre a nova morfologia do trabalho*. San Pablo: Boitempo, 2005.
- Bensaïd, Daniel, *Marx intempestivo. Grandezas y miserias de una aventura crítica*. Herramienta: Buenos Aires, 2003.
- Bihl, Alain, “La crisis de sociabilidad”. En: *Herramienta* 14 (primavera-verano 2000-2001), pp. 53-69.
- Casas, Aldo, “Crisis y lucha política en Gramsci. Una lectura desde el sur”. En: *Herramienta* 25 (abril 2004), pp. 135-145.
- Chesnais, François, “Socialismo o Barbarie”: las nuevas dimensiones de una alternativa”. En: *Herramienta* 42 (octubre de 2009), pp. 15-29.
- Draper, Hal, *Las dos almas del socialismo*. Marxists Internet Archive, 2001 [2001a].
- , *Hacia un nuevo comienzo... por otro camino. La alternativa a la micro-secta*. Marxists Internet Archive, 2001 [2001b].
- FPDS: “Documento de presentación del Frente... Material de trabajo presentado a la Mesa Nacional del mes de mayo”, fotocopiado, 2010.
- Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la cárcel*. Vol. 4. Era: México, 2001.

- Guevara, Ernesto: *El socialismo y el hombre nuevo*. Pról. de José Aricó. México: Siglo XXI, 1977.
- Harvey, David: “Organizarse para la transición anticapitalista”, <http://www.vientosur.info/documentos/Harvey.pdf> (octubre de 2010).
- Herramienta, “A modo de presentación”. En: *Herramienta* 1 (agosto de 1996), pp. 3-5.
- , “Una década con Herramienta. 1996-2006: conmemoración y nuevos proyectos. En: *Herramienta* 31 (marzo de 2006), pp. 7-12.
- Katz, Claudio, *El porvenir del socialismo*. Ediciones Herramienta-Imago Mundi: Buenos Aires, 2004.
- Kautsky, Karl, *La revolución social. El camino del poder*. Siglo XXI: México, 1976 [1976a]
- , *La dictadura del proletariado*. Ayuso: Madrid, 1976 [1976b].
- Lenin, Vladimir Ilich, “Informe político del Comité Central del P.C(b)R” (marzo de 1922). En: —, *Obras Completas*. Vol. 33. Editorial Cartago: Buenos Aires, 1960, pp. 241-282 [1960a].
- , “Sobre la cooperación”. En: —, *Obras Completas*. Vol. 33, 1960, pp. 430-437 [1960b].
- , “Discurso de apertura” y “Discurso de clausura” (marzo de 1919). En: —, *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*. Vol. I. Ediciones Pluma: Buenos Aires, 1973, pp. 64-65 y 118-119 [1973a].
- , “Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura proletaria” (marzo de 1919)”. En: —, *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*. Vol. I., pp. 65-76 [1973b].
- Löwy, Michael, *Walter Benjamin, Aviso de Incendio*. FCE: Buenos Aires, 2005.
- , *La teoría de la revolución en el joven Marx*. Herramienta Ediciones / Editorial El Colectivo: Buenos Aires, 2010.
- Marx, Karl, *Crítica del Programa de Gotha*. Organización Editorial: Buenos Aires, 1971 [1971a].
- , *Elementos fundamentales para la crítica de la economía*

- política (borrador) 1857-1858*. Vol. 1. Siglo XXI: Buenos Aires, 1971 [1971b].
- , “Tesis sobre Feuerbach”. En Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología Alemana*. Ediciones Pueblos Unidos: Buenos Aires, 1975, pp. 665-668.
  - , *Miseria de la filosofía*. Editorial Cartago: Buenos Aires, 1987.
  - , *La Guerra Civil en Francia*. Fundación Federico Engels: Madrid, 2003.
  - y Engels, Friedrich, *El manifiesto comunista*. Apéndice: Friedrich Engels, *Principios del comunismo*. Herramienta Ediciones: Buenos Aires, 2008.
- Mészáros, István, “La revolución social de Marx”. En: VV.AA., *Praxis y Filosofía. Ensayos en homenaje a Adolfo Sánchez Vázquez*. Grijalbo: México, 1985, pp. 57-94.
- , *Más allá del Capital. Hacia una teoría de la transición*. Vadell Hermanos Editores: Caracas, 2001.
  - , *El siglo XXI ¿Socialismo o Barbarie?* Herramienta: Buenos Aires, 2007.
- Naville, Pierre, *Le Nouveau Leviathan. Le salaire socialiste. Les rapports de production*. Éditions Anthropos: París, 1970.
- Romero, Andrés: *Después del estalinismo. Los Estados burocráticos y la revolución socialista*. Editorial Antídoto: Buenos Aires, 1995.
- Roux, Rhina: “Dominación, insubordinación y política”, 2002. En <http://www.herramienta.com.ar/debate-sobre-cambiar-el-mundo>
- Stalin, José: “Sobre el Proyecto de Constitución de la URSS” (noviembre de 1936). En <http://www.eroj.org/biblio/stalin/consti36/index>
- Trotsky, Lev Davidovich, *La revolución traicionada*. Editorial Crux: La Paz, s/f.
- , *La revolución permanente*, Ruedo Ibérico: Impreso en Francia, 1972.
- Valdés Gutiérrez, Gilberto, “Movimientos antisistémicos y gobiernos populares en América Latina: nuevos desafíos”, 2009. En <http://www.cetri.be/spip.php?article1389 &lang=es>

# Comentario a modo de epílogo

## Sobre el marxismo como práctica exploratoria

Miguel Vedda\*

SEs bien conocida la tesis según la cual en el origen de la reflexión filosófica se encuentran la curiosidad o el asombro, entendidos como una disposición primordial del hombre para acercarse al mundo natural y social, al que pertenece desde el vamos, como a un misterio que demanda ser resuelto. Comprendida, pues, como *actividad*, la acción de pensar supone, de acuerdo con esta definición, el abandono de cualquier posicionamiento indiferente, indolente frente al mundo, y la adopción de una práctica exploratoria, siempre atraída hacia lo desconocido e incluso hacia la aventura. Podríamos decir con toda legitimidad que los aportes de Marx, como también los de los más valiosos *filósofos de la praxis* que se inspiraron en él, se han mantenido fieles a este concepto de reflexión, al subrayar el carácter eminentemente activo que

---

\* Profesor titular de la cátedra de Literatura Alemana (Facultad de Filosofía y Letras, UBA) y coordinador, en esa misma facultad, de la cátedra libre “Teoría Crítica y Marxismo Occidental”. Investigador del Conicet. Miembro del consejo de redacción de *Herramienta*.

debería tener el acto de pensar, y al condenar aquellas teorías que renuncian a los inestimables riesgos de la exploración para apostarse plácidamente en las prácticas heredadas y los saberes dogmáticos. *Experimentum mundi* es el título elegido por Bloch para su último libro, y esa fórmula podría colocarse también al comienzo de toda investigación auténticamente inspirada en Marx, en la medida en que este entendió su propia obra en términos experimentales: como un exhaustivo intento para examinar el mundo sin prejuicios, apartándose de todas aquellas modalidades de conocimiento teórico que se orientan a legitimar el *statu quo*. Querríamos insistir aún más en esta reivindicación de *la exploración y el ensayo*, y en este rechazo de la inercia teórica y práctica, como patrimonios irrenunciables del materialismo histórico; en un escrito que Aldo Casas cita aprobatoriamente en su estudio, Walter Benjamin advierte sobre el peligro que la tradición corre de prestarse a ser instrumento de la clase dominante, y agrega: “En toda época ha de intentarse arrancar la tradición al respectivo conformismo que está a punto de subyugarla”.<sup>1</sup> Al formular esta frase, Benjamin tenía en mente, como referente más inmediato, a la socialdemocracia alemana —por lo demás, acertadamente cuestionada por Aldo Casas en el libro que precede a nuestro comentario—, que había despojado el pensamiento de Marx de su audacia revolucionaria y lo había convertido en un *corpus* de principios mecánicos; concretamente: en un autómata, que solo podrá recuperar la perdida eficacia merced

---

<sup>1</sup> Benjamin, W., *Discursos interrumpidos I. Filosofía del arte y de la historia*, pról., trad. y notas de Jesús Aguirre. Taurus: Madrid, 1987, p. 180.

a la intervención de una práctica de pensamiento rebelde y saturada de subjetividad, coincidente con la práctica incesantemente cuestionadora (y autocuestionadora) de aquella clase que está sometida y que lucha. Que estas tesis benjaminianas coinciden con los principios de Marx lo demuestra ya el hecho de que este, en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, subrayara la naturaleza eminentemente crítica y autocrítica de la revolución proletaria. En tanto las revoluciones burguesas son aparatosas y efímeras —de modo que, una vez alcanzado el clímax revolucionario, una prolongada modorra domina a la sociedad—, las revoluciones proletarias

*constantemente se someten a sí mismas a crítica, se interrumpen continuamente durante su mismo transcurso, regresan a lo parecía consumado a fin de emprenderlo de nuevo, se burlan cruel y profundamente de las insuficiencias, debilidades y mezquindades de sus tentativas iniciales [...], todo el tiempo vuelven a retroceder, aterradas, ante la indeterminada enormidad de sus propios fines, hasta que se encuentra creada la situación que hace imposible todo retorno.*<sup>2</sup>

Nos es preciso que insistamos aquí sobre la importancia que posee en Marx la palabra *crítica*; sí tal vez que recordemos que el énfasis sobre la necesidad de una crítica y una autocrítica permanentes ha distinguido a lo mejor del marxismo posterior a su fundador. En relación con el contexto de comienzos del siglo XX,

---

<sup>2</sup> Marx, Karl, *Der Achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte*. En: Marx/Engels, *Werke*. Herausgegeben vom Institut für Marxismus-Leninismus beim ZK der SED, Bd. 1-43. Dietz-Verlag: Berlín, 1956ss., vol. 8, pp. 111-207; aquí, p. 118. La traducción es mía.

podríamos citar como ejemplos de oposición radical al conformismo y al automatismo del “marxismo vulgar” —mecanicista, quietista—, no solo al ya mencionado Benjamin, sino también al Lukács de *Táctica y ética* e *Historia y conciencia de clase*, al Bloch de *Espíritu de la utopía* y *Herencia de esta época*, al Gramsci de los *Cuadernos de la cárcel*. También a Siegfried Kracauer, que una y otra vez destacó, en los años veinte y treinta, hasta cuál punto era preciso arrancar a los intelectuales revolucionarios de la instalación confortable en los aparatos doctrinarios heredados; lo que de ellos exige Kracauer es que “pongan radicalmente en duda todas las posiciones dadas. Es decir, deben confrontar sus conceptos heredados, y precisamente los que son en apariencia inconvencibles, con los resultados de la teoría revolucionaria, y luego dar cuenta de la realidad concreta que preservan aquellos conceptos”.<sup>3</sup> La solidaridad genuina del intelectual con la causa del socialismo no estriba, pues, en la repetición de letanías, sino en una continua revisión de las herramientas de pensamiento, en vista de que la “afirmación rígida, adiabática de los ideales socialistas enumerados degenera fácilmente en sabotaje del socialismo” y “los intelectuales que ceden ante lo dado, deponen sus armas ante una utopía”.<sup>4</sup> Lo que se exige a los intelectuales, en términos que recuerdan al joven Lukács, es aplicar sus armas al desmantelamiento de lo mitológico, a cuyo ámbito pertenecen todos los conceptos y opiniones fosi-

---

<sup>3</sup> Kracauer, Siegfried, “Minimalforderung an die Intellektuellen” [*Die Neue Rundschau* 2/7, año 42 (julio de 1931), pp. 71-75]. En: —, *Schriften* 5. Ed. de Karsten Witte. 3 vols. Ed. de Inka Müller-Bach. Frankfurt a/M: Suhrkamp, 1990, vol. 2, pp. 352-356; aquí, p. 354. Esta traducción y la siguiente me pertenecen.

<sup>4</sup> *Íd.*

lizados. El intelecto es definido por Kracauer como un arma de destrucción de todo elemento mítico en el hombre y en torno a él; los pensadores y artistas que no se abocan a la sustancial tarea de desenmascarar las ideologías y poner a prueba todos los saberes recibidos, quedan atrapados en una irracionalidad natural.

Idéntica voluntad de dismantelar los dogmas recibidos, y de propiciar una autocrítica tenaz de las propias perspectivas, encontramos en *Los desafíos de la transición*; el autor muestra, en su libro, un feliz empeño en llevar a cabo una anatomía de la vieja izquierda, poniendo de manifiesto los petrificados mitos en los que se fundan sus rutinas y denunciando la falta de correspondencia entre sus teorías y la realidad concreta; esa misma realidad que es la encargada de poner a prueba la verdad, la terrenalidad de sus propuestas. Movidio por la curiosidad y el asombro, Aldo Casas prefiere poner en cuestión la validez de una izquierda basada en “moldes partidocráticos” y verdades recibidas, y afirma que nuestros “recursos teóricos y conceptuales no son herramientas dadas: debemos concebirlos como instrumentos siempre en construcción. Y en discusión”.<sup>5</sup> El carácter inconcluso, dinámico, que Casas le proporciona a su propia reflexión está en consonancia con una realidad en perpetuo movimiento y que, en cuanto tal, se rehúsa a ser fijada. Años de pensamiento y práctica revolucionarios han convencido al autor de este libro de que aquello que ha concedido siempre vitalidad al marxismo no es el establecimiento de jerarquías partidarias o sindicales autosuficientes, estáticas y desprovistas de vinculación con las bases, sino justamente la

---

<sup>5</sup> *Supra*, p. 21.

acción autónoma de las masas: único fundamento para una práctica socialista libertaria que se niegue de manera tajante a hacer las paces con el mundo burgués.

Pero así como se distancia del concepto burocrático de partido, y de sus variantes también estáticas e inmovilizadoras, también se aleja Aldo Casas de lo que él denomina el *variopinto autonomismo*, “que llega en algunos casos al rechazo de toda forma de organización o estrategia colectivas y en otros a rebuscadas dialécticas discursivas que apuestan a una confluencia ‘desde abajo’”<sup>6</sup> con los oficialismos de turno. En coincidencia con Marx, Casas reconoce la necesidad imperiosa de crear “*un nuevo tipo de construcción político-social con militancia, formas de intervención y objetivos*”, capaz de presentarse “*como alternativa política capaz de canalizar y construir poder popular impulsando un proceso de cambio emancipatorio, construido desde abajo, sin moldes sectarios y/o localistas*”.<sup>7</sup> Dicho de otro modo: no se trata simplemente de disolver las formas anquilosadas, sino de crear nuevas instituciones, sustentadas en la creatividad insurrecta de las masas populares, y aptas para consolidarse y ampliarse a través del tiempo. A propósito de esto, no tenemos más que recordar aquí el escepticismo de Marx frente a los experimentos de comunidades utópicas presuntamente situadas —en términos idealistas— al margen del mundo burgués: como si fuera posible vivir dentro una sociedad y, al mismo tiempo, estar fuera o por encima de ella. De ahí que, igualmente distanciado del culto burocrático de las formas fosilizadas y de la fe voluntarista, idí-

---

<sup>6</sup> *Supra*, p. 55.

<sup>7</sup> *Supra*, p. 56.

lica en una práctica meramente inorgánica, carente de formas, Casas apuesta a “la construcción de un proyecto y un movimiento político-sociales dispuestos a enfrentar al sistema y al gobierno *con vocación de poder*; esto es, formulando proyectos, políticas y prácticas *gestados desde abajo* pero, para batallar *por abajo y por arriba*”<sup>8</sup>. Ernst Bloch sostuvo que la teoría y la praxis del materialismo dialéctico debían apoyarse en la confluencia entre lo que él llamaba *marxismo frío* —el conocimiento objetivo y preciso de la realidad, la desmitificación del mundo burgués y de sus mitos, la crítica de la economía política y el estudio de las condiciones objetivas para la transformación del mundo— y el *marxismo cálido*, es decir, la consideración y aprovechamiento de aquellas potencialidades subjetivas que, superando las circunstancias objetivas, impulsan en dirección a un mundo libre de explotación, y apuntan, como decía Marx, a remover todas aquellas relaciones sociales en la que el hombre es un ser humillado, esclavizado, abandonado, despreciable. Hacia una conjunción de estas dos tendencias se encuentra enfocado, en forma original y fructífera el libro que comentamos.

---

<sup>8</sup> *Supra*, p. 55.

# Rehacer la estrategia socialista: un epílogo sobre la “transición”

Omar Acha\*

El argumento que Aldo Casas lanza al ruedo del debate socialista abre varios frentes de discusión. No obstante, de conjunto acomete cuestiones convergentes sobre las perspectivas de una transformación radical. Su meta atañe a un tema de nuestro tiempo: ¿cómo reconstituir la estrategia socialista?

El concepto de *transición* ilumina el conjunto de su propuesta. Elaborados por István Mészáros para hacer un balance crítico de la experiencia de los socialismos burocráticos, los “problemas de la transición” son extendidos a fin de instarlos a dar cuenta de los desafíos actuales de la revolución encarnada en la fórmula “socialismo desde abajo y poder popular”.

Casas parte de una definición existencial y política que lo sitúa en el campo del socialismo revolucionario.

---

\* Historiador, docente y ensayista. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Investigador del Conicet. Integrante del Consejo de redacción de *Herramienta*.

Ver más en: [www.herramienta.com.ar/autores/acha-omar](http://www.herramienta.com.ar/autores/acha-omar)

Es un punto de partida que no aspira a justificaciones ontológicas o históricas sustantivas. De allí que, sin desmedro de su lectura del marxismo, proceda a desprenderse de cualquier doctrina *a priori* e inmodificable. Antes que defender un dogma que resguarda una subjetividad desolada, Casas investiga los dilemas de una práctica transformadora popular y anticapitalista.

Puesto que comparto esa definición existencial y política, quisiera aprovechar estas pocas líneas para destacar algunos temas desplegados en este libro y ceñir ciertas aperturas que, según creo, requieren desarrollos ulteriores.

El argumento de Casas se puede describir, hasta donde lo entiendo, como el esbozo de una *teoría generalizada de la transición*. En otras palabras, su propuesta extiende los alcances del planteo original que en Mészáros fue pensado para el periodo post revolucionario. La noción de transición en Mészáros introduce una temporalidad del proceso de transformación socioeconómica y político-cultural que cuestiona la idea ingenua de una Revolución que modifica lo existente de un solo tajo. Pero Mészáros, en realidad, nos ofrece en su libro de 1995, a pesar de sus mil páginas, un primer paso teórico que consigue muy parcialmente su cometido.<sup>1</sup> Al hacerla retroceder hacia el período de dominio y hegemonía capitalistas, Casas se ve lanzado al clásico tema de *qué hacer*. Por cierto, el antecedente del filósofo húngaro no es el único: podríamos rastrear elementos importantes en los pareceres políticos del último Trotsky. Pero, en Trotsky, lo *transicional* estaba ligado estrechamente a una idea

---

<sup>1</sup> Mészáros, I., *Beyond Capital. Towards a Theory of Transition*. Monthly Review Press: Nueva York, 1995.

catastrofista de la situación mundial del capitalismo, por lo que Trotsky estuvo impedido de desarrollar sus implicancias más interesantes. Y el tema es difícil, porque la noción de transición en modo alguno se diluye en una perspectiva gradual y reformista de modificaciones sucesivas, sino que se entrelaza dialécticamente con el proyecto del socialismo revolucionario.

*Los desafíos de la transición* avanza sobre algunos núcleos esenciales de la problemática, con lo que presenta una nueva mirada sobre la estrategia socialista. Digo que “avanza” sobre “algunos núcleos”, y no que los explica completamente, porque Casas sabe bien que nos hallamos ante una tarea teórico-política colectiva que requiere una diversidad de elaboraciones y nuevas conceptualizaciones atizadas por las luchas de nuestro tiempo.

Casas hace explícita su preferencia por una construcción política plural, bajo la forma de un “movimiento” donde la autoorganización de una multiplicidad de militancias nutra la vida de un socialismo democrático efectivo, esto es, carente de una sustitución institucional o teórica por parte de una corporación de vanguardia (usualmente llamada “el partido” en su versión leninista más tradicional). Casas lo expresa con cierta ambigüedad al señalar que la experiencia de 2001-2002 lo impulsó a distanciarse de la “forma partido”, aunque agrega que lo hizo “especialmente” de su variante sectaria. ¿Esto deja entrever que puede haber otras “variantes” de partido “no sectarias”? Por mi parte considero, al igual que Casas, que no existe una Idea de Partido platónica y perfecta, yacente en la esfera de las formas perfectas, de las cuales las expresiones terrenales serían versiones degradadas. Nuevas configuraciones políticas pueden ser creadas y consti-

tuidas en dinámicas de orientación política e interacción democrática. Puede ser que la noción de “instrumento político” —iluminado por la reciente experiencia boliviana— sea útil en un contexto de enorme movilización social organizada en centros culturales, sindicatos obreros, grupos ecologistas, agrupaciones feministas, sectores campesinos, organizaciones de pueblos originarios. Mas también es concebible la eventualidad de un partido político plural y antiburocrático que concilie la claridad de una estrategia, la multiplicidad de sus potencias militantes y una capacidad creativa real.

Es probable que Casas pueda acordar la posibilidad de inventar nuevas formas partidarias en la vehemencia de una autoorganización de las clases y grupos populares. Pero es contundente en subrayar los estragos causados por las dialécticas “sectarias”, sea en grupos minúsculos o en conjuntos un poco más numerosos pero igualmente encerrados en credos cristalizados y liderazgos lacrados. En esa prevención se aproxima a invectivas planteadas por Hal Draper y, a través de él, a una ya prolongada historia de denuesto antisectario en la izquierda. Como cualquiera sabe, en toda la izquierda se lamenta la deriva sectaria. Y si es en toda la izquierda, eso significa que también la izquierda sectaria deplora las prácticas del sectarismo. No sería difícil ofrecer casos de notorios criticismos sectarios por individuos o agrupamientos que tarde o temprano promueven el escisimismo maquinal atribuido al sectarismo. Las explicaciones del sectarismo son diversas, pero todas convergen en subrayar su carácter reactivo y defensivo: lo sectario prosperaría en tiempos de derrota y aislamiento, en momentos de una soledad que desencadena lógica autoafirmativas y narcisistas. Habría allí una suerte de regresión de lo real a lo imaginario, lo que explicaría un

vínculo de larga duración entre el sectarismo religioso y el sectarismo político. Esto ya estaba presente en la sátira hacia las “sectas” de la Primera Internacional en el propio Marx, para quien toda secta es en el fondo “religiosa”. En segundo lugar, esa reducción a lo religioso supone la incapacidad para que devengan políticas y mayoritarias.<sup>2</sup>

Quisiera aprovechar las reflexiones de este libro para poner en cuestión la aceptación universal que en las izquierdas se hace del concepto de “secta”. Surgida de un diccionario relativo al mundo religioso e inquisitorial, me pregunto si es válido para dar cuenta de ciertas figuras de la política. Me interesa enfatizar que la traslación del concepto puede ser más bien un desplazamiento metafórico que imposibilita captar adecuadamente de qué se trata cuando referimos a dinámicas de autorreferencia doctrinaria e infinitas particiones organizacionales. De tal manera, la apelación a una explicación “progresista” que acusa un arcaísmo dogmático en el sectarismo obscurecería el

---

<sup>2</sup> Las referencias al tópico en Marx y en Engels no escasean. Cito aquí algunas de ellas. De la correspondencia de Marx, por ejemplo, la carta a Engels el 10 de octubre de 1868, a Johann Baptist von Schwarz el 13 de octubre de 1868. De las cartas de Engels, a Marx el 29 de noviembre de 1867, a Ludwig Kugelmann el 10 de julio de 1869, a Florence Kelley Wischnewetzky el 9 de febrero de 1887, a Karl Kautsky el 12 de agosto de 1892, a Laura Lafargue el 10 de mayo de 1890. De textos publicados de Marx, la *Crítica del Programa de Gotha*; y aun su comunicación confidencial sobre Bakunin a la Primera Internacional en 1870. De escritos publicados de Engels, su artículo para el *The Northern Star* de octubre de 1847, *Revolución y contrarrevolución en Alemania* (1852), los artículos para *The Labour Standard* de marzo de 1877, un prefacio al *Anti-Dühring* (1878), y la introducción a la edición inglesa de 1892 de *Socialismo utópico y socialismo científico*.

entendimiento en lugar de esclarecerlo. Creo más útil construir nuevas conceptualizaciones atinentes a fenómenos propiamente explicables por condiciones, situaciones y decisiones políticas, donde la relevancia de lo imaginario no sea repudiada como residuo arcaico, premoderno o religioso. Quizá el mismo desnudo del sectarismo esté habitado, en sus enunciaciones consolidadas en la izquierda, incluso en la entusiastamente “antisectaria”, de una lógica soberbia e idealista que es preciso desmontar. Eso explicaría el casi universal repudio del sectarismo y las recíprocas acusaciones entre las organizaciones coaguladas.

Los temas que me ha interesado convocar, del abanico de cuestiones trazadas por Casas —esto es, *la organización política y el sectarismo*— confluyen en una preocupación respecto del carácter prefigurativo de la estrategia socialista. Por razones que la propia argumentación de Aldo Casas pone de relieve, el proyecto socialista no puede ya ser pensado como la obra de un núcleo iluminado que somete, para emanciparla, a una multitud ignara y conservadora. Casas explica muy bien la necesidad de construir organizaciones basadas en la autoactividad de los agentes políticos, sociales y culturales. Los rasgos decisivos de una democracia socialista deben estar en acto en la propia organización y práctica revolucionarias *antes* de las tomas de los poderes. Lo que proponemos como comunidad de la igualdad y la diferencia en la democracia radical de los poderes y la riqueza, fórmula básica del socialismo, exige su anticipación en la praxis *actual*. Ningún líder jacobino o aparato estalinista posee el destino de pilotear la barca de la revolución y del estado socialista.

El lema prefigurativo de la política socialista no suprime la obvia inscripción de las prácticas transfor-

madoras en un contexto de dominio capitalista y hegemonía liberal-capitalista o populista-capitalista. El socialismo revolucionario es de ese modo constreñido a extraer agua de la roca plena: actuar de modo socialista en una realidad hostil y usualmente reproductora de lo dado, donde el socialismo es antiintuitivo (pues el capitalismo aparece como lo natural). No obstante, es falso que las aspiraciones a una vida común diferente sean meros ensueños exclusivos de minorías insignificantes. Es aquel mismo marco social, político e ideológico tendiente a la reproducción el que se ve periódicamente conmovido por tensiones y contrariedades que fracturan la aparente solidez de lo existente. Basta con abrir bien los ojos para captar en todos los continentes las fuerzas que se insubordinan contra la normalidad de la antidemocracia capitalista, contra el racismo y el machismo, contra la homofobia y la xenofobia.

Es esa realidad en la que coexisten los retenes del capital y el orden establecido con potencias de subversión que una gran organización popular con una política socialista puede prosperar en la convergencia de las clases y grupos deseantes de otro mundo. La organización política socialista se alimentará de mil fuentes pero no deberá disolverse en el practicismo o el oportunismo. La generalización del concepto de transición encuentra entonces una significativa utilidad para repensar la relación entre tiempo e ideología en la política socialista. Ningún programa está dado de una vez para siempre ni se agota en una formulación históricamente situada. Tampoco debe esperar al crepúsculo del día en que triunfe la revolución. No es, pues, en las ruinosas humaredas del orden capitalista, racista y machista, que se inaugurará la estación gloriosa de la constitución cooperativa y libre de una nueva sociedad.

La “transición” opera ya mismo en la aspiración a edificar una política socialista de masas, popular, revolucionaria y cooperativa. El socialismo está forzado más que nunca, luego del doloroso aprendizaje de un siglo terrible, a rehacerse en una dura dialéctica en que su organización política está comprometida a ser, a la vez que una proa del cambio revolucionario, una anticipación de una sociedad emancipada. Instarnos a repensar estas cuestiones sin invocar ensalmos simplificadores es uno mayores de los méritos del ensayo de Aldo Casas.





